EL DILUVIO,

poema original

DIVIDIDO EN SEIS CANTOS

por

D. Diego Herrero Espinosa de los Monteros.



1841.

EL DILUVIO,

POEMA ORIJINAL

DIVIDIDO EN SEIS CANTOS,

POR

D. Diego Herrero Espinosa de los Monteros.



SEVILLA.
IMPRENTA DE EL SEVILLANO,
calle de las Sierpes n.° 30.

1841.

En esta edicion se sigue el sistema ortográfico del autor.

A MI HERMANO JAVIER.

SONETO.



A tí solo consagro de mi oriente
estos que miras pálidos albores,
al murmurio del aura entre las flores
en la orilla del Bétis transparente.
No del poder al solio refuljente
que embelesa con sueños seductores,
ni al destino fatal de los amores
el númen debo que inspiró mi frente.
Tú lo recibe, i cuando robe impía
suerte fatal las ilusiones de oro
que arrebatan mi jóven fantasía,
Repite al viento mi cantar sonoro:
que si dulce es la gloria al alma mia,
mas que la gloria tu recuerdo imploro.

ADVERTENCIA.

Este primer ensayo, que con el título de poema presento al público, debiera haberme ocupado una gran parte de la vida si le hubiese dado toda la estension que pensé en un principio. Desconfiando empero de mis propios esfuerzos para una tarea tan dilatada, i temeroso de no hallar en mí la infatigable constancia que para tales obras se necesita, apresuré cuanto me fué posible su término, i tal como se encuentra es como lo doi al público.

Confieso sinceramente que ni los ruegos encarecidos de mis amigos ni el demasiado aprecio de mi propia obra me han impulsado á darla á la prensa: razones de mayor precio para mí, que nada pueden interesar á mis lectores, son las que me han decidido á ello.

Su argumento me ha parecido i me parece tan digno de ser cantado por la musa épica, que su propia escelencia es una nueva razon que aumenta mi desconfianza; pues cuanto mas sublimes son las imájenes que encierra un pensamiento, tanto mayor es el compromiso en que se halla el que lo desenvuelve, si no acierta á darle toda la belleza de que es susceptible.

Nada tengo que decir á mis lectores del método que he seguido en su composicion, ni de las reglas que he tenido presentes para llevarla á cabo; pues el primero se irá viendo en el discurso de mi poema, i las segundas serán resultado indispensable del análisis ménos detenido. Tampoco juzgo oportuno hacer la profesion de fé que de sus principios literarios hacen casi todos los que escriben en esta época; inútil en mi juicio si la obra es buena, i ridícula cuando ménos si defectuosa: porque ni las artes poéticas de Aristóteles i de Horacio, ni las ecsaltadas imajinaciones de Alejandro Dumas i Victor Hugo son bastantes á disculpar estravíos de ninguna clase.

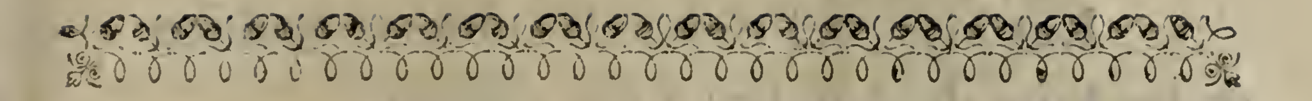
De cualquier modo que sea, yo tendría una gran satisfaccion si lograse estimular esta obra á jenios de mas alcance que el mio á que cultiven este jénero tan sublime como difícil i tan difícil como descuidado.

Lástima dá por cierto que la literatura española, cuyos anticipados i gloriosos esfuerzos dieron á la Europa la primera leccion dramática, no haya podido competir en sus cantos épicos con la patria de Virgilio, la del Taso ni la de Milton. Desde los tiempos del Ramayana de los orientales i el libro de los reyes de Persia hasta los últimos cantos de nuestra época, no ha ecsistido una edad que no haya reflejado en la literatura un pensamiento mas ó ménos completo: pues todas las edades tienen sus creencias buenas ó malas i sus maneras de presentarlas á la posteridad segun las ideas i costumbres de su tiempo. Todo siglo está obligado á legar un pensamiento al siglo que le succede, i este pensamiento legado es el que conocemos con el nombre de espíritu ó literatura de aquella época, i en ello no nos equivocamos. Esta, que es una verdad inconcusa, nos pone en la mayor confusion si echamos una mira-

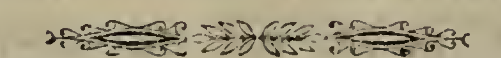
da sobre nuestra España ; pues la cuna de los Cides i de los Pelayos debió dejar á la posteridad algun poema que fuese digno de hechos tan gloriosos. Difícil es, segun me parece , atinar con los motivos de esta falta, mucho mas indisculpable en ciertas i determinadas épocas felizes, en que las musas castellanas eran admiradas en el mundo literario, mas que lo fueran un tiempo en el político los héroes de Roma.

Tenemos , la verdad sea dicha , trozos épicos en nuestra poesía que pueden competir con lo mejor de los mas celebrados poemas; pero no se encuentra un todo estenso i completo que los iguale, si se esceptúa la Araucana de Ercilla, que mereció mas que ningun otro un aplauso universal, i que puede considerarse mas bien que como poema como una historia ó leyenda florida i elegante.

No juzgue quien me oiga lamentar esta falta al tiempo en que publico mi poema, que abrigo la vana presuncion de que pueda llenar el gran vacío de nuestra literatura; ántes por el contrario, confieso al público con la mayor franqueza , que aun despues de darle la última lima, he encontrado en él no pocos defectos; pero defectos que ya no está en mi mano remediar: porque ni puedo poseerme hoi del mismo sentimiento que me inspiráran estos cantos, ni aunque asi fuese, nadie me dá una garantía suficiente de que esceda en bondad la musa nueva á la musa antigua. Pero esto á mí no me toca decirlo: el público lea i juzgue.



EL DILUVIO.



Canto primero.

Ya el astro rei la cristalina esfera
mas de mil vezes recorrido habia,
alumbrando en su espléndida carrera
del alto Can hasta do muere el día.
En su trono la antigua cabellera
el Padre de los siglos removía,
mientra, olvidado de su eterno nombre,
cual vil insecto vejetaba el hombre.

Ya no sonaban en los bellos prados
los dulces himnos al Criador divino,
ni á los bosques al culto consagrados
bajaba el fuego que Jehová previno.
Henoch por los espacios arjentados
vuela á la voz del superior destino,
i solo queda en la mansion terrena
imbécil turba de maldades llena.

Los hijos del Señor los brazos tienden
de las hijas del hombre á los alhagos,
i al verlos criminales ya se encienden
del báratro oscurísimo los lagos.
Ora tan solo los espacios hienden
de justicia i virtud los nombres vagos:
que si en el mismo ser fueron escritos,
los borraron los bárbaros delitos.

I á compas de sus plácidas canciones
el mortal al delirio se abandona,
i en el légamo vil de sus pasiones
mancilla el esplendor de su corona.
Cambia el amor sus gratas ilusiones
en fuego impuro que de amor blasona:
crece la llama audaz en los mortales,
i crecen á la par todos los males.

La esfera azul, que en el principio bella
ostentára la sien rica i galana,
al despuntar la aljofarada estrella
que preside al albor de la mañana,
del hombre injusto las maldades sella
trocando en sombras su encendida grana,
cual si dijese á la insensata jente:
"dejad el polvo i levantad la frente."

Los anchos lagos i ondulantes rios
inmobles duermen en la turbia arena:
ya no llueven los fértiles rocíos,
ni el canto alegre de las aves suena.
Los prados yacen como yermos frios
do nunca el aura se mostró serena:
la flor al punto que á crecer empieza
en el tallo doblega la cabeza.

Ya no murmura la jentil palmera
enmedio el bosque do se eleva altiva
al jemir de la brisa pasajera,
que tantas vezes la alhagó festiva.
Agóstase la hermosa cabellera
que siempre verde conservó la oliva,
i al verse estéril sin frescor ni sombra,
marchita el bosque su pintada alfombra.

El mar tendido en la ribera triste
las aguas ocultaba honditonante:
con negro manto sus llanuras viste
del alto hielo hasta el confin distante.
El orbe entero sin virtud ecsiste
cual leve nube por el aire errante;
que al par del hombre en el error mezquino
la creacion ha perdido su camino.

I el hombre sigue, cual veloz torrente,
del crímen seductor la fácil vía,
i ya no escucha en su pensar demente
la voz terrible que su Dios le envía.
En vano el trueno rápido i rujiente
los senos rasga de la esfera umbría;
que en el altar del ominoso vicio
consumó para siempre el sacrificio.

El ánjel tutelar tendiendo el ala
huyó del suelo á la mansion segura,
cual bella nube que en oriente ecshala
el rico Ganjes de su linfa pura.
El pié en los aires al subir resbala
dejando el cieno de la tierra impura,
i jura en medio la rejion del fuego
dejar al hombre en su delirio ciego.

Crecen los males, i las sombras crecen
vagando inquietas por el aire oscuro,
i los fuljentes astros palidecen
clamando "muerte!..." contra el hombre impuro.
Cien vapores formando se aparecen
entre el cielo i los hombres grueso muro,
amagando abortar la opaca tierra
el mónstruo horrible que en su seno encierra.

Sentado estaba el Hacedor divino
allá en su trono que oscurece al dia,
decretando á los orbes i al destino
la lei de su eternal sabiduría.
Sonaba en torno el armonioso trino
que la anjélica turba repetía,
diciendo en grato i majestoso canto
"gloria sin fin i bendicion al Santo."

Mas ai! que presto del cantar sonoro
ni el eco solo murmurar se siente,
i del cielo las lámparas de oro
oscilantes se apagan tristemente.
"Oid...." escucha silencioso el coro
mirando airada la divina frente,
i el Dios del mundo de furores lleno
clamó lanzando su potente trueno:

"Oid, creaciones. La maldad impía
«rasgó mi pecho con dolor profundo:
«me pesa el hora en que la niebla umbría
«del cáos rompí, para formar el mundo.
«Yo lo digo, yo Dios. No mas el dia
«luzca en la esfera sobre el barro inmundo:
«perezca el delincuente confundido,
«i al polvo vuelva de donde ha salido."

Dice así: i del alto firmamento
cimbráronse los ejes inmortales,
cual arena en columnas por el viento
alzada de los yermos orientales.
La montaña de Dios supremo asiento
revienta en vivas llamas eternales,
i entre el claro fulgor que el cielo dora
postrado el ánjel su mandato adora.

Un momento duró.—No así en la tierra
se lanza el rayo á las glaciales zonas
cuando en fiero vaiven i dura guerra
se disputan las nubes sus coronas;
ni el bajel la pereza así destierra
cuando el aire veloz hinche las lonas,
como el coro de Dios, la diestra armada,
al aire vibra la fulmínea espada.

El carro del Señor iba delante
abriendo paso á la milicia fuerte,
i tronaban sus ruedas de diamante
que al hombre presajiaban cruda muerte.
El sol ya cerca del zenit radiante
temió su vista i se detuvo inerte,
i herido hasta en su seno mas profundo,
tembló en el aire horrorizado el mundo.

Da la señal el querubin ardiente
que á la anjélica turba presidía,
i al momento á la tierra delincuente
se lanza el coro adonde Dios le envía.
Unos al mar del nacarado oriente:
otros al punto donde muere el dia:
mientra hasta el polo el querubin avanza,
repitiendo el clamor de la venganza.

A su mandato rotas las cadenas
vuelan libres los roncos aquilones:
i sacuden sus hórridas melenas,
atronando los cielos con sus sones.
Las aguas de la mar ántes serenas
entre brumas i espesos nubarrones
el jenio del abismo ya levanta,
i en brava lucha súbito quebranta.

El fuego que hasta entónces encerrado,
del hombre justo respetó el destino,
ya conmueve la tierra despiadado,
preparando en los montes su camino.
Caen las aves del cielo apizarrado
fatigadas del aire mortecino,
i entre las sombras que el Eterno envía
el hombre llora i su maldad no espía.

Ya la voz de Jehová solo esperaba
la falleciente i trémula natura
por medio de la niebla que pasaba
la tez manchando de su nieve pura.
El ejército invicto ya amagaba
el golpe horrendo que á la tierra jura,
cuando sube hasta el trono del inmenso
pálida nube de oloroso incienso.

La voz es de Nöe: grata plegaria
al cielo eleva con tristoso canto,
anegando su gruta solitaria
con las amargas venas de su llanto.
Al ver del hombre la maldad nefaria
ardiendo en ira se desciñe el manto,
besa la tierra que á la pár maldice,
i al Dios del mundo sollozando dice:

"Vuelve Dios de piedad, vuelve clemente
«al polvo imbécil la bondosa vista.
«Si el rayo vibras de tu furia ardiente
«¿hallarás en el mundo quien resista?
«Entónces ¡cuánto horror! El delincuente
«arderá como al fuego seca arista,
«i humearán inflamadas las montañas
«vomitando la tierra sus entrañas.

"¿Hasta cuándo, Señor..? ¡Como el infierno
«de gozo elevará la frente impura!
«¿Es esta la gran obra que el Eterno
«formó á la imájen de su lumbre pura?
«Dirá: i cual ave que del crudo invierno
«ama la lobreguez i la tristura
«vendrá á posar con furia su pié inmundo
«sobre la ruina colosal del mundo.

"No: no, gran Dios. Recuerda los instantes
«que fijaste á los siglos venideros:
«tu culto de las zonas mas distantes
«correrá por entrambos hemisferos.
«Entónces con sus arpas resonantes
«tu nombre cantarán pueblos enteros,
«i arrepentidos del delito infausto
«víctimas quemarán en holocausto."

Dijo i calló: la nívea cabellera
recojiendo en los hombros, se levanta,
é inspirado del Dios á quien venera
el polvo huella con tranquila planta.
Fija inmóvil los ojos en la esfera
i brillan en su frente sacrosanta,
como centellas de rojiza lumbre
que lanza el Etna por su escelsa cumbre.

"Basta, hijo de Lamech: el justo cielo
«oyó benigno tu doliente lloro:"
dijo un vapor, que cual flotante velo,
tendió á los aires su vellon de oro.
No tan leve desciende al bajo suelo
pluma sutil de ruiseñor canoro,
cual la nube su voz divina esshala
i por las bellas órbitas resbala.

Desciende al antro: cándidos celajes
en torno vuelan de la sacra altura,
cual las sedas i espléndidos encajes
que el seno adornan de la vírjen pura.
Las aves en los plácidos boscajes
himnos cantan de amor i de ventura,
i la luna aparece dulcemente
por el bello crepúsculo de oriente.

"No temas, "dijo Dios," que te ha elejido
«aun ántes de nacer mi brazo fuerte,
«i en vano contra el hombre empedernido
«el mundo grita destruccion i muerte.
«No tu inocencia confundida ha sido
«del crímen fiero en la terrible suerte:
«yo el golpe calmaré de la venganza,
«celebrando contigo mi alianza.

"Construye un arca: sólida i flotante
«encima el agua se sostenga altiva
«al vaiven de la tierra agonizante,
«cual un reflejo de mi imájen viva.
«Allí tus hijos i tu esposa amante
«salva contigo, hasta que grata oliva
«el ave lleve en apacible vuelo,
«i el íris luzca en el empíreo cielo.

"Mas te juro Noë por este fuego
«siempre ardiendo en mi diestra omnipotente,
«no aplacará de la maldad el ruego
«el dardo eterno de mi enojo ardiente.
«Cual roja llama de insaciable fuego
«su furia estenderá de jente en jente:
«porque escrito está ya donde se lea,
«el orbe ingrato aniquilado sea.

"Anjeles, esperad. Aun no es llegado
«del mundo infame el postrimer momento:
«sálvese el justo, i muera el desgraciado
«que en su crímen insulta el firmamento.
«Esperad una vez: pueda el malvado
«tiempo dar al feliz remordimiento,
«hasta que llegue el formidable dia
«que decrete del hombre la agonía."

Oyen los cielos: las tormentas braman
suspendiendo sus rayos sobre el hombre.
"Ellos, Señor", enfurecidas claman,
«indignos son de tan escelso nombre."
Los ánjeles de paz los mares llaman
á su centro comun. "¡Oh! No te asombre
«del mundo infiel el venidero estrago:"
dijo una voz i se perdió en el lago.

La frente humilde de esperanza llena
irgue el justo á la esfera soberana,
i mira un arca aparecer serena
trazada en líneas de zafiro i grana.
"Basta" dijo. "Señor; sobre esta arena
«su imájen fiel levantaré mañana.
«Venid, mis hijos, i os diré rendido
«la voz de Dios que resonó en mi oido.

"Venid, hijos, esposa, prendas mias,
«mas gratas para mí que el alma aurora,
«que tú mi Dios desde tu trono envias
«cuando el oriente á tu señal se dora;
«venid, delicias de mis tristes días,
«que la mano del tiempo descolora,
«cantemos al Señor: su nombre santo
«cantad, mis hijos, con eterno canto.

"Cantad, praderas, bendecidle, rios,
«aves del cielo, cristalinas fuentes,
«unid los ecos á los ecos mios
«i mi canto llevad en las corrientes.
«Su nombre por los cóncavos vacíos
«digan los astros en su amor ardientes,
«i cuanto encierra el báratro profundo
«gloria decid al Hacedor del mundo."

Dice, i cual olmo que su frente inclina
al jemir de la brisa bulliciosa,
los brazos tiende á la beldad divina,
besando el labio de su tierna esposa.
No tan bella en la rosa purpurina
descansa la volátil mariposa,
cual la amante cautiva en dulces lazos
espirando de amor entre sus brazos.

Mas luego en césped de encantadas flores
desdenes finje i plácidos enojos,
para mas abrasar con los amores
que grabados se miran en sus ojos.
Blanda sonrisa forman seductores
los dos corales de sus labios rojos:
arde en el fuego del amor sublime,
i riendo llora, idolatrando jime.

Decora su mejilla candorosa
blando carmin con llama lisonjera,
pura como los cielos, mas hermosa
que del alba fugaz la luz primera.
Do quier su planta delicada posa
nace una flor, i la jentil pradera
con envidia i placer su faz retrata
en hondas fuentes de bruñida plata.

Los ánjeles al aire derramados
se pararon por verla, i los destellos
del fuego con que brillan coronados
no cual sus ojos reflejaban bellos.
Ora forman guirnaldas enlazados
á sus finos i espléndidos cabellos,
ora en mil jiros á su lado vagan,
i á la par la enamoran i la halagan.

Habló el esposo, i el decreto airado
oyó la esposa con amarga pena,
mientras él con el labio enamorado
su frente besa de delicias llena.
"No te aflijas, mi vida: si irritado
«el cielo al hombre mísero condena,
«nuestros hijos son salvos: "ven," le dice:
«bendice al cielo, i su piedad bendice."

La esposa vuela, i de esperanza henchida
los leños sacros de la hoguera enciende,
i la llama oscilante i conmovida
deshecha en hebras los espacios hiende.
La gruta enántes triste, oscurecida
como las sombras que la noche tiende,
remedando á la luz en sus reflejos
de mil colores se vistió á lo léjos.

"Id, mis hijos, volad á la ancha vega,
«sorprendiendo al rebaño en su majada,
«i el corderillo que apacible juega
«junto al pié de la límpida cascada,
«aquel que blanco su vellon despliega
«cual mejor recental de mi manada,
«al momento traed, que el fuego ardiente
«una víctima espera ya impaciente."

Dijo Noë: i al punto presurosos
los hijos salen la inferior caverna,
serpeando en los prados deliciosos
do siempre luce primavera eterna.
El rebaño divisan: silenciosos
pacer le miran con sonrisa tierna,
i al salto alegre del cordero bello
el lazo tienden al flecsible cuello.

Parten: mas ora en la jentil pradera
halagan al cautivo embebecidos,
ya suspensos detienen la carrera
de la madre infeliz á los balidos.
Mas observando la creciente hoguera,
de su fácil tardanza arrepentidos,
á la selva sus pasos precipitan,
sin ver las flores que al pasar marchitan.

El justo en tanto en oracion yacía
postrado encima de desnuda roca,
i su rostro sagrado se encendía,
cual blanca nube que al oriente toca.
No mortal, un querube parecía
cuando estasiado al Hacedor invoca,
reflejando en el rostro su conciencia
la esperanza, el amor i la inocencia.

"Cielos", prorumpe, "la fatal venganza
«descargad en la víctima preciosa
«i el íris bienhechor de la esperanza,
«brille entre nubes de purpúrea rosa."
Dice, i cual nauta que en feliz bonanza
vé retirarse tempestad nublosa,
al delirio se entrega de alegría
conversando con Dios á quien veia.

Mas presto vuelve, i la inflamada hoguera
mira crecer i deshacerse ardiente,
cual atajado en su veloz carrera
hierve en espumas bullidor torrente.
Corre i armado de cuchilla fiera
degollando la víctima inocente,
la ofrece á Dios en fervoroso ruego,
i la arroja despues al sacro fuego.

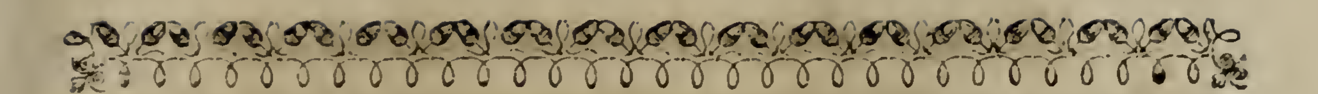
Vióla el Señor: con faz leda i propicia
se mostró en los espacios cristalinos,
velando al mundo su eternal justicia
al traves de los cielos diamantinos.
De anjélicas escuadras la milicia
entonaba sus cánticos divinos,
i el sol cadáver entre niebla fría
rompió las nubes i alumbró aquel dia.

Ya las llamas cerúleas, temblorosas,
oscilando se animan i se apagan,
i al morir van formando caprichosas
reflejos miles que en los aires vagan.
Ya en el fondo se miran bulliciosas
centellas vivas que la vista halagan,
cual puntos de oro sobre rico velo
ó estrellas mil en azulado cielo.

"Consumado está ya.-Tú, Dios del mundo,
«que das la luz á la naciente aurora,
«tú cuya voz hasta el averno inmundo
«postrado i mucho á su pesar adora,
«tú que del sueño del no ser profundo
«sacaste al hombre que su suerte ignora,
«dígnate al ménos aceptar propicio
«la virtud de este santo sacrificio."

Dice el justo, i se siente conmovido
resbalándole el llanto en las mejillas
como un mar que pacífico i dormido
besa grato sus húmidas orillas.
En tanto el horizonte ennegrecido
ya ocultaba sus tintas amarillas,
i el velo oscuro de la noche umbría
salud i paz á la inocencia envía.





Canto segundo.

Era la noche: lóbrega i medrosa
los ámbitos del cielo discurría
cual fantasma enlutada i silenciosa
cruzando lenta misteriosa vía.
Entre nubes de niebla vaporosa
la luna moribunda aparecía,
oscilando su luz pálida i vaga
como lámpara triste que se apaga.

El aire mudo cual el cáos primero
no se atreve á jemir en la llanura:
ni se escucha el tronar: ni lisonjero
el triste sáuce en el verjel murmura.
El hombre sobre lecho placentero
del sueño el cáliz en su inercia apura,
i envuelve á la creacion bajo su imperio
sueño profundo de fatal misterio.

En tanto bulle rutilante lago
de fuego en las cavernas infernales:
hierve, se ensancha con terrible amago,
como viento luchando entre arenales.
Rompe Satan con formidable estrago
los goznes de sus puertas eternales,
i asoma al mundo la encendida frente,
que devora una horrísona serpiente.

Vé las sombras i eriza la melena
que en torno jira de su sien sangrienta,
i el ronco averno á su vaiven se atruena
cual honda mina que en volcan revienta.
Muerde rabioso la fatal cadena
con fiero encono i convulsion violenta:
sus huesos crujen de dolor i espanto,
i el reino deja del eterno llanto.

Corre, i la tierra á su placer errante
siente jirar sin rumbo en el vacío
roto el eje de pórfido i diamante
que el Eterno impusiera á su alvedrío.
Roba un rayo del sol i del tonante
raudo huracan las alas el impío,
i ya á la lucha contra el justo armado
vuela hácia él de cólera inflamado.

Vé á lo léjos la gruta donde habita
el solo justo que á su Dios implora,
i prueba á entrar, i de furor se irrita
al canto fuerte de su voz sonora.
Mas luego el peso que sobre él gravita,
hijo del crímen, su interior devora,
i aplomando su pecho delincuente
hunde en el polvo su proterva frente.

Cae de abismo en abismo despeñado
al hondo lago del oscuro averno,
i cruje al punto el inmortal candado
sellado con las iras del Eterno.
Brama furioso: empuña desperado
el cetro destructor de su gobierno,
i al ver su imájen maldecida siente
dolores nuevos la precita jente.

"Oid, oh jenios", dice, "ya el destino
«la suerte horrenda del linaje humano
«decretó en su furor: ya en su camino
«la tierra prueba á sostenerse en vano.
«Venid, i en el espacio cristalino
«apaguemos la luz. Caiga el insano
«globo do el hombre mísero se encierra."
Y el averno esclamó: "caiga la tierra."

"Pero ecsiste un mortal: su saña impía
«clavó su dardo en mi robusta frente,
«i en vano el fuego que en mi pecho hervía
«lanzé luchando con furor demente.
«Dios le ha escojido: la soberbia mia
«estrellóse á sus plantas impotente.
«Venid, oh jenios: vuestro triunfo sea:
«no mas su nombre en la creacion se lea.

«Vana será nuestra ambicion: la ruina
«del orbe entero desmentida i vana:
«que si un mortal en la creacion domina,
«acaso un mundo poblará mañana.
«Jamas, oh furias; su cerviz divina
«tambien se humille con la raza humana.
«Volad, oh dioses, i á la gloria fieles,
«del Eden renovemos los laureles."

Dice, i la boca centellante abriendo
vomita el rayo que su lengua abrasa,
i responde á su voz con ronco estruendo
el abismo fatal ardiendo en masa.
Corre veloz, i del azufre hirviendo
los rojos lagos maldiciente pasa.
Sube rabioso i cálase al profundo,
quebrantando ambos polos furibundo.

La turba libre de la atroz cadena
que por siglos i siglos la esclaviza,
rompiendo el aire, el universo atruena
i las sierras mas altas pulveriza.
"No haya mas Dios: mi furia lo condena:
«yo el alto cielo trocaré en ceniza"
clama el arcánjel delirante i ciego,
vertiendo á mares devorante fuego.

Suben i á par de las estrellas jiran
revestidos de fúljidos colores,
i atónitos los hombres los admiran
cual cometas de muertes i de horrores.
Dos firmamentos hai: los dos se miran
fulminando sus fuertes resplandores,
i ambos pretenden el llevar consigo
arrastrado en su lucha al enemigo.

Brillan los astros: cada cual porfía
disipar mas tinieblas: mil cambiantes
producen nuevas luzes: sale el dia
i á la aurora atropella los instantes:
arden los cielos: á cada astro envía
mil destellos i mil el sol radiante;
mas presto ceden al tartáreo bando
las estrellas sus luzes apagando.

"Victoria" gritan con tremendo ahullido
los ánjeles del mal. "Venga en buen hora
«la espada del Señor: ved ofendido
«el mismo cielo que á su voz le adora.
«Nuestro es el tiempo: conquistado ha sido
«en combate feroz. La tibia aurora
«solo mañana rayará en oriente
«si benigno el infierno lo consiente."

Dicen así: las armas fragorosas
con fiero orgullo en rededor fulminan,
i plegando las alas espantosas
la cumbre escelsa de Ararat dominan.
Mil pupilas se ajitan horrorosas
por buscar á la presa que destinan
á eterna destruccion, cuando en el prado
se mira un bulto atravesar callado.

A la luz de una lámpara amarilla
cruza un hombre la selva solitaria,
i ora se para, i ora se arrodilla,
entonando dulcísima plegaria.
Vibra al aire su espléndida cuchilla
compañera en su vida solitaria,
hiere una rama, que á su vista pende,
i á su golpe hasta el suelo se desprende.

Alzase al punto i silencioso vuela
un ruiseñor que se quedó adormido,
i en el alto, cual pronto centinela,
con mil amores fabricó su nido.
La banda de avecillas se desvela
al desusado i áspero ruido;
mas juzga cerca el venidero dia
i sus cantos ensaya de armonía.

Entónces irgue la nevada frente
al bosque umbroso el corpulento anciano,
apoyando en el tronco reverente
el leve peso de su dócil mano;
i no viendo un albor por el oriente
que al sol anuncie al despuntar cercano,
ya sus pasos velozes apresura,
discurriendo otra vez por la llanura.

La vista tiende á la menuda arena
de claro arroyo imperceptible orilla
i vé asentado deslizar serena
el onda leve que al nacer se humilla.
El agua ¡oh Dios....! Indefinible pena
siente al mirarla: riega su mejilla
lágrima viva que á enjugar no alcanza
el consuelo feliz de la esperanza.

Levántase por fin i silencioso
revolviendo su fijo pensamiento,
cien líneas i otras cien graba afanoso
con su tronco en el suelo amarillento.
Borra, medita, perfecciona ansioso
su bosquejo que alfombra el pavimento,
i á la par que el dibujo se engrandece
dilatársele el alma le parece.

Vélo acabado i fervoroso besa
los bellos surcos que trazó en el suelo,
cual artista que ardiente se embelesa
al ver perfecto el ideal modelo.
Mas presto un bulto que en los aires pesa
se despeña á las ondas desde el cielo,
i el agua revolviéndose ensanchada
le arrebata su imájen adorada.

Tembló el anciano i su ajitada frente
bañó un sudor indefinible i frio,
cuando el monte se atruena de repente,
cual si furioso el huracan impío
doblegase su cumbre. Horrible jente
rodando baja, i en el soto umbrío
entre el roble, la palma i el espino
vá siguiendo su incógnito camino.

I armados, con diabólico misterio
encima de los árboles se asientan,
i parecen guerreros de un imperio
que ya por suya la victoria cuentan.
En tumulto por ambos hemisferios
á su vista las sombras se acrecientan,
mientras ellos inmóviles yacían
i columnas de un templo parecían.

En esto el arroyuelo enfurecido
al fuerte peso que sobre él gravita,
se revuelve en la arena embravecido
i ya las furias del torrente imita.
Crece, i en hondo lago convertido
sacude el ánjel que su seno irrita,
cual mar cubierto de espantosa bruma
lanzando al aire su flotante espuma.

"Oye, oh justo," clamó el ánjel severo
finjiendo el eco de la voz humana:
«en vano sobre un leño el golpe fiero
«burlar pretende tu impericia insana.
«¡Ilusorio anhelar! ¡Ah! no: primero
«el sol sin lumbre nacerá mañana.
«El hora llega: la tremenda suerte
«el brazo apresta para darte muerte.»

«Sí: morirás. ¿No has visto enfurecida
«el agua arrebatarte en la llanura
«la imájen de tu nave confundida?
«Ese es tu porvenir: asi insegura
«el arca por los vientos sacudida
«en el mar hallará su sepultura.
«Créeme Nöe: tu condicion mezquina
«la suerte del futuro no adivina.

«Solo al ánjel, mortal, fuéle otorgado
«rasgar la sombra al venidero dia.
«Yo cien vezes los aires he sulcado:
«nada escondido está á la ciencia mia
«entre el cielo i la tierra. Decretado
«el fin está de la creacion impía;
«pero viven los ánjeles, i en vano
«su cetro empuña el Hacedor tirano.

«Hénos aqui.—Mis huestes eternales
«aprestan ya para el tremendo duelo
«los rayos, que á mis órdenes leales
«saben luchar contra el Señor del cielo.
«La batalla te espera, ven: los males
«huirás del mundo, i en sublime vuelo
«al solio de Jehová nos lanzarémos,
«i por dios inmortal te aclamarémos."

Dice Luzbel, i la potente mano
que los hierros tartáreos eslabona,
tiende hasta el justo con delirio insano,
colocando en su frente una corona.
Entónces le aclamó por soberano
del mar del hielo hasta la ardiente zona,
i como sierpe para herir se humilla
doblando ante él la pérfida rodilla.

Pero intrépido el justo en la inocencia
que á Dios juró desde la edad primera,
ni del ánjel responde á la demencia
ni se rinde á su oferta lisonjera.
Hierve su sangre en rápida violencia
i ardiendo en ira denodada i fiera,
quebranta la diadema que detesta,
i la arroja á sus plantas por respuesta.

Lo vió el infierno, i como en sierra bronca
se despeña la informe catarata
arrastrando los cedros que destronca
en el ímpetu atroz que la arrebata,
asi con voz aterradora i ronca
"venganza" grita, su furor desata,
i los bosques fragosos destrozando
las encinas i cedros va tronchando.

No hai roble en los desiertos, no hai palmera
que se oponga á su esfuerzo irresistible:
los altos riscos de la mar barrera
caen en el agua á su furor temible.
Vierte el infierno luminosa hoguera
que los troncos abrasa inestinguible,
i llega hasta el confin del polo helado,
convirtiendo la tierra en despoblado.

Las altas crestas de la sierra umbría
corre en valde el sagrado patriarca,
por cortar en los sotos que allí habia
materia fuerte para hacer el arca.
Ni una planta, ¡gran Dios! Solo se vía
llanura inmensa que á la mar abarca:
el justo llora i con silencio mudo
al pié se sienta de peñasco rudo.

Mas bien presto en el agua transparente
una imájen divina se retrata,
cual en ricos marfiles del oriente
relieves tersos de bruñida plata.
Un destello es del cielo, que fuljente
las sombras de los aires arrebata:
el mar lo dice, lo repite el monte,
i lo anuncia en su albor el horizonte.

Cien ánjeles i cien el alto trono
del Dios de Sabahot despide al viento,
i una nube, que forma grueso cono,
les dá en su niebla inespugnable asiento.
Baja rodando con tremendo encono
por el éter azul del firmamento,
i allí á Luzbel con sus lejiones halla
i se traba en los aires la batalla.

Confúndense luchando enfurecidos
los ánjeles con ánjeles: mil truenos
retumban sin cesar embravecidos
del hondo espacio en los profundos senos:
Los rayos contra rayos dirijidos
el aire pueblan de rencores llenos;
llueven los fuegos, las esferas braman:
«venganza i muerte» los infiernos claman.

El jenio de los males, que ominoso
por su rojo color se distinguía
como Marte feroz i sanguinoso
entre los globos de la noche umbría,
se adelanta á la turba: silencioso
vibra cien lenguas i la frente impía
convulso ajita con traidora saña,
ostentando en sus garras la guadaña:

Lo vé Miguel, i desde el alto cielo
"¿quién como el Dios que reverente adoro?"
Dice, rasgando el enlutado velo
del aire espeso con sus alas de oro.
Tiembla el espacio á su potente vuelo:
los astros tiemblan i el celeste coro,
mientras él entre ardientes arreboles
sus rayos vibra que parecen soles.

Los dos ánjeles fuertes meditando
se miran á la par frente por frente,
i ambos se agolpan fieros enristrando
sus gruesas flámeas con denuedo ardiente.
Una vez se retiran rebramando,
i otra vez se acometen impacientes;
i se preparan á la vez tercera
por rendir al contrario en la carrera.

¡Qué! ¿No vísteis dos bombas despedidas
de opuestos bronces en fatal campaña
en los aires chocar i confundidas
estallar vomitando la honda entraña?
Es su encuentro mayor: las encendidas
alas despliegan con tremenda saña
los espíritus fuertes: ved cuál llegan,
cuál en la lucha de rencor se ciegan.

Brama Luzbel: con ímpetu violento,
desplegando su bárbara osadía,
las alas tiende al ofendido viento
i un huracan en cada azote envía.
Estínguense los rayos: al momento
mil aquilones por la esfera umbría
se encuentran, i batallan reluchando
sobre las sienes de Miguel tronando.

Vuela el ánjel de Dios: alza la frente
guarnecida de fuego i de diamante:
deshace el viento con su furia ardiente
i cien astros de luz ase al instante.
Vuelve á Luzbel: de cólera impaciente
arroja un mar de fuego centellante:
arden las alas del feroz impío:
se trueca en humo el celestial vacío.

Crece la lucha: los rencores crecen:
se agota el fuego, el huracan espira:
brazo á brazo se encuentran: desparecen
allá en los aires rebosando en ira.
Entónces en los cielos se aparecen
rayos de luz que el universo admira,
i el Eterno en su centro diamantino
de la árdua lucha decretó el destino.

I cae Luzbel: ensangrentado río
vierte en el mar que le recibe undoso:
las aguas se enrojecen, i el impío
se sepulta en su seno cavernoso.
Su bando pierde el temerario brío
que sostuvo en la lid, i temeroso
recorre en torpe fuga el firmamento,
cual vil ceniza que disipa el viento.

Entónces en la tierra se posaron
los ángeles de Dios, i la natura
los troncos que las furias destrozaron
arraigó placentera en la espesura.
Las agrestes palmeras ya brotaron
jigantes tallos de eternal verdura,
i el sol apareció en los horizontes
colorando las cimas de los montes.

Vió el averno la luz i "maldecida!!!"
tres vezes dijo con furor i espanto.
"Vana ha sido la lucha, si encendida
"brilla la esfera cual si fuese encanto.
"Nada hicimos ¡qué horror..! Ya decidida
"la suerte está." i á la rejion del llanto
bajan dando profundos alaridos
por los cóncavos huecos repetidos.

Vuela Nöe: i el cedro corpulento
se humilla luego á su constante mano:
a luz lo mira trabajar contento:
la noche tiende su tiniebla en vano.
El hacha ajita siempre en movimiento
á impulso de su esfuerzo sobrehumano,
hasta que vé en la arena desprendidos
añosos troncos á sus pies rendidos.

I una luna pasó: volvió otra luna
alumbrando el desierto i la pradera
i rieló en el cristal de la laguna
que de flores ornó la primavera.
La rica mies del cefirillo cuna
secó el verano en la tendida era,
i volvieron las nieves, i los rios
de la esfera bebieron los rocíos.

Pero nada á borrar del justo alcanza
la ardiente fé, que en su interior se anida,
fé que vierte á torrentes la esperanza,
único alivio en la cansada vida.
En vano de los tiempos la mudanza
al delirio i al ócio le convida;
que la alta voz, que en su conciencia escucha,
le guarda ileso en la engañosa lucha.

Pregónalo la fama: las ciudades
se despueblan por ver la obra empezada
que se eleva en aquellas soledades,
como en medio del mar tremenda armada.
En los templos profanos las deidades
arrojan una lúgubre mirada,
i el infierno á su vista confundidò
se hunde en las rejiones del olvido.

Solo el hombre infeliz i delincuente
los altos leños sobre sí divisa,
i se aduerme á sus pies indiferente
al perfumado aliento de la brisa.
Burlan todos al cándido inocente
con grita necia i desenvuelta risa,
i vuelven otra vez á sus hogares
por playas tristes de revueltos mares.





Canto tercero.

Sobre la cima de elevada roca
jigantesca pirámide levanta
su cuello altivo, que á los cielos toca,
i á los hombres atónitos espanta.
Vése á lo léjos formidable boca
en el mismo interior de su garganta,
i se escucha en sus bóvedas eternas
el viento rebramando en las cavernas.

Al pié crecen robustas las encinas
enlazando sus copas altaneras,
entre el denso vapor de las neblinas
apegadas por siempre á las laderas.
Agrúpanse á las hayas blanquecinas
confundiendo sus largas cabelleras,
i forman selva oscura i apartada
de los mismos mortales ignorada.

El aire mas sutil jamas sorprende
los centros de la gruta misteriosa,
ni el águila, si el raudo vuelo tiende,
osa en la cumbre reposar medrosa.
Gruesa muralla por do quier defiende
con piedras firmes la enramada hojosa,
como templo de un dios, que en ira ardiente,
su entrada vedá á la mezquina jente.

Cien tribus á la par cruzan errantes
del monte escelso la riscosa falda,
colocando en sus sienes palpitantes
frescas ramas de límpida esmeralda.
Las doncellas, velados los semblantes,
de lirios tejen desigual guirnalda;
en tanto que sollozan los ancianos
ocultando su rostro con las manos.

Solemne es la fátal melancolía,
que oprime al hombre en el malhado suelo,
pues vaga incierto sin virtud ni guia,
aucsilio en vano demandando al cielo.
La vista en lontananza descubría
jigantes grupos de perpetuo hielo
sentados en la cúpula del monte,
de alabastro formando un horizonte.

El espacio se ostenta nacarado
cual las lonas que el mar al aire ondea:
blancas son esas faldas del collado:
blanca la cima que la mar otea.
Natura con un velo aljofarado
en cubrir sus bellezas se recrea;
mas nace el sol i las heladas nieves
se revisten de fúljidos relieves.

"Salud, salud:" la turba envilecida
clamó, i al cielo levantó sus ojos.
"dios es la luz:" gritó una voz mentida:
la turba entónces se postró de hinojos.
La hoguera, que hasta alli yació encendida,
iba perdiendo sus colores rojos,
i la luna entre nubes de escarlata
ocultaba su pértigo de plata.

El pueblo calla: en su interior resuena
una voz majestosa i reverente,
que repite amorosa filomena
del bello soto en la tranquila fuente.
Un hombre se alza en la menuda arena
como inspirado en su delirio ardiente,
i oyeron todos con placer i encanto
el grato son de su armonioso canto.

"Hai un Dios que en la esfera del viento
«ab eterno formó la creacion:
«vedlo, vedlo: entre nubes su asiento:
«á sus plantas se estrella el turbion.
«El sostiene los polos del mundo:
«las estrellas sus ánjeles son,
«i ese fuego, que arroja profundo,
«es el jérmen que al hombre formó."

CORO.

"Ven, Dios de los dioses, tu pueblo te aclama:
«recibe piadoso la súplica fiel:
«bendita por siempre tu fúljida llama:
«benditos los cielos que alfombran tus pies."

"El penetra del mar en el seno:
«se levanta en el rojo volcan:
«es su voz el bramido del trueno:
«son sus alas el raudo huracan.
«Su justicia pregona el torrente:
«á sus plantas cien globos están:
«cuando oculta su luz esplendente
«se ennegrecen los cielos i el mar."

CORO.

"Ven, Dios de los dioses, tu pueblo te aclama:
«recibe piadoso la súplica fiel:
«bendita por siempre tu fúljida llama:
«benditos los cielos que alfombran tus pies."

"El rodando en el alto vacío,
«es del mundo el eterno sosten:
«el abrasa al llegar el estío
«las praderas que secas se ven.
«A sus plantas espira la aurora
«inclinando su cándida sien,
«i la noche que tímida llora
«es la ausencia del astro del bien.

CORO.

«Ven, Dios de los Dioses, tu pueblo te aclama:
«recibe piadoso la súplica fiel:
«bendita por siempre tu fúljida llama:
«benditos los cielos que alfombran tus pies.

«Vuestras frentes alzad á la altura:
«sus destellos de amor recibid.
«Salve, oh Dios de la escelsa natura,
«Salve, oh Dios, sin principio i sin fin.
«Salve, oh Sol, de los mundos corona,
«de fulgor eternal querubin:
«tus bondades la tierra pregona
«desde el polo al opuesto confin.

CORO.

«Ven, Dios de los Dioses, tu pueblo te aclama:
«recibe piadoso la súplica fiel;
«bendita por siempre tu fúljida llama:
«benditos los cielos que alfombran tus pies."

Asi este canto las campiñas bellas
i las sierras fragosas atronaba,
mientra el sol con sus májicas centellas
la cúpula del monte iluminaba.
Cesa el coro: las tímidas doncellas
enmudecen al ver que se lanzaba
una piedra del alto desprendida,
que arrastraba á otras mil en su caida.

Un jigante entre rocas se desliza
allá en el seno del desierto umbrío,
embozado en un manto de ceniza,
cual oso blanco entre los hielos frío.
La turba, que su nombre diviniza,
contempla absorta su ademan sombrío,
i ansiosa i muda su llegada espera,
como campo al verdor de primavera.

El, empero, se acerca lentamente
discurriendo confuso i pensativo,
i entre los surcos de su calva frente
se vé de lejos su mirar furtivo.
Cruza osado la selva indiferente,
con ceño adusto i continente altivo,
murmurando á la par siniestras vozes,
que acompaña con jestos mas ferozes.

Ved sus manos: están enrojecidas
con la sangre caliente que aun humea,
como un guerrero que segó mil vidas
en campo horrible de mortal pelea.
Llega luego: las jentes conmovidas
se postran á su planta jigantea:
"Yo soi":esclama con terrible acento,
que repite á la par sañudo el viento.

Entónces de la turba bulliciosa
adelántase un jóven arrogante,
i con voz elevada i sonorosa
silencio impone á la familia errante.
I volviendo ajitado su espaciosa
frente aflijida al destructor jigante,
los brazos irgue á la celeste esfera,
conversando con él de esta manera.

"Nosotros ¡ai! á consultar venimos
«la suerte de la vida en tus altares,
«ya que asombrados por la tierra huimos
«dejando nuestros plácidos hogares.
«Tres cometas, oh sabio, apercibimos
alumbrando los bosques i los mares:
«tres cometas de horror: el mismo cielo
«cubrióse al verlos con terrible velo.

«Pasaron i á su aspecto formidable
«de manchas rojas se vistió la luna,
«i al soto con estruendo lamentable
«bajó de fuego celestial coluna.
«El niño con murmullo deplorable
«se despierta azorado en su alba cuna,
«i desdeñaba de la madre el seno,
«cual copa aciaga de letal veneno.

«Sombras densas encima los terrados
«cual jenios espantosos divagaban,
«i en los bosques cercanos i acopados
«cornejas negras sin cesar graznaban.
«Las aguas de los lagos plateados
«con estraño mujir se desbordaban
«i lanzaban los dioses hondos gritos
«cual seres por sus crímenes malditos.

«Dínos, sabio, ¿cual númen soberano
«con justa indignacion nos amenaza?
«¿Qué crímen fiero levantó su mano
«propicia siempre á nuestra noble raza?
«Tú sabes la verdad: tú, justo anciano,
«que conoces el cielo i cuanto abraza
«el sol radiante en su veloz carrera,
«háblanos, padre, que tu pueblo espera.”

No dice mas: sus labios balbucientes
se cierran tristes de amargura yertos,
miéntras lloran tambien las tristes jentes
aumentando el pavor de los desiertos.
El sabio con adusto continente
escucha tan terribles desconciertos;
mas rompe al fin de su silencio el nudo,
i asi responde con semblante rudo.

"Yo tambien esta noche maldecida
«ensueños tuve de horroroso espanto.
«Una niebla fatal i ennegrecida
«cubrió la esfera con su opaco manto....
«Ví la luz asomar enrojecida
«i esclipsarse otra vez cual por encanto:
«i al despertar en mi profundo lecho
«sentí convulso mi doliente pecho.

«I un sonido atronó con ronco estruendo
«las piedras que me sirven de recinto.
«¡Ai del que duerme! prorumpió tremendo
«i yo tres vezes lo escuché distinto.
«Recorro á mi destino obedeciendo
«de la selva el confuso laberinto,
«i cuanto mas por el desierto huía
«la voz mas clara sobre mí se oía.

«I corro al mar, i en la desierta arena
«en vano al cielo demandé la calma.
«¿Dónde encontrarla, si la voz de hiena
«allí me sigue i me destroza el alma?
«I ví de furia la corriente llena
«tronchar la encina i la orgullosa palma
«que otro tiempo cercáran la ribera,
«i asaltar á los astros de la esfera.

«I vuélvome furioso á mi caverna
«i destrozo cien víctimas errantes:
«la sangre hierve en la fatal cisterna
«i ennegrece á mi vista por instantes:
«al astro consultando que gobierna
«oprimo las entrañas palpitantes:
«ni una señal: el hado rencoroso
«nada responde á mi clamor ansioso!...

«Miro al espacio: lúgubre i sombrío
«se presenta cual paño funerario:
«ni una gota desciende de rocío
«ni se mece el abeto solitario.
«Tuerce su curso el nacarado rio
«perdiendo el rumbo que siguió diario....
«¡Delirio del saber...! ¡Inútil lloro...!
«¿Por qué, sol, huyes cuando mas te imploro...?

«¡No hai esperanza ya...! La horrenda duda
«pesa en mi frente i mi interior devora:
«en vano al cielo demandé su ayuda,
«que no hai un dios para el que triste llora.
«Oidlo, yo os lo juro.—La sañuda
«mano del hado designó una hora,
«es la postrera acaso: yo os lo digo.—
«yo que la vida á mi pesar maldigo.

«Ved, mortales, los fieros elementos
«destrozarse en la lucha delirantes:
«ved los olmos, los tilos corpulentos,
«que las aguas del mar llevan triunfantes:
«Ved del sol los destellos macilentos
«disiparse entre nieblas circulantes....
«Cierto es el mal: ó el cielo se arruina
«ó un jenio vengador nos estermina.

«Este es el porvenir: soñado ha sido
«el delirio del dios de esta espesura.
«Yo lo miré gozoso, embebecido,
«con rostro alegre i con sonrisa pura.
«Asi fue ayer; mas triste, ennegrecido,
«hoi sus labios revientan de amargura.
«¿Quién al destino arrancará su velo,
«si miente infame hasta el eterno cielo...?

«...... Pero no: nunca idea tan espantosa
«aflija el pecho del mortal mezquino.
«Acaso el ánjel de la selva hojosa
«salve á su pueblo de su nombre dino.
«Acaso del torrente la alma diosa
«torne felice el hórrido destino.
«Venid: hijos, venid; juntos lloremos
«i el sangriento holocausto preparemos.

«Sangre ecsijen los cielos despiadados
«en su rojo color i ceniciento:
«sangre piden los orbes desquiciados,
«sangre demanda murmurando el viento;
«pero sangre de amor: sean inmolados
«los niños ante el sacro monumento,
«i ellos al fin por el Señor benditos
«espiarán de sus padres los delitos."

"¡Callad..! ¡Callad..!" Las madres delirantes
con grito fuerte sollozando esclaman
i abrazando convulsas sus infantes,
"¡hijos del alma!!!" balbucientes claman.
Unas se ocultan por el bosque errantes:
otras cual furias por los prados braman:
mientra el pueblo voraz i envilecido
repite: "sangre!" con eterno ahullido.

Los niños jimen en el soto umbrío
levantando sus manos temblorosas
i las vozes de "madre!!!" i de "hijo mio!!!"
aprendieron las selvas silenciosas.
Las auras melancólicas del rio
murmuran entre adelfas amargosas,
i el alta copa de la ruda encina
tiembla de horror i su ramaje inclina.

Pero en vano: los hombres desgraciados
insensibles tambien á la inocencia,
corren velozes los marchitos prados
buscando presa en su fatal demencia.
Los hijos de sus madres arrancados
son á la par con infernal violencia,
i ellas, cual nubes de bramantes truenos,
furiosas rasgan los maternos senos.

Sube el pueblo en tropel la alta colina
que preside al desierto cual señora,
antigua como el mundo, á quien domina,
i eterna, como el sol que la colora.
El jigante en las hojas adivina
presajios tristes cuyo fin ignora,
i gritan los infantes desvalidos....
i los aires repiten sus jemidos....

Llegan ¡ai...! La caverna amenazante
su informe boca en rededor presenta,
i en su centro se escucha á cada instante
el contínuo rujir de la tormenta.
Un torrente arrebata onditonante
cien rocas en su cólera violenta,
i en negros lagos con furor se ajita,
como el ponto fatal cuando se irrita.

Sus bóvedas se elevan colosales
por cima la estruendosa catarata,
i forman obeliscos desiguales
de granito, de mármol i de plata.
Ricas perlas i límpidos cristales
en sus altos se miran de escarlata,
i las fuertes columnas superiores
representan del íris los colores.

Mas luego el hondo hueco ennegrecido
sus dobles masas á la vista oculta,
i en su abismo sin fondo i sin ruido
el agua del desierto se sepulta.
Allí muere el torrente desprendido
por los declives de la sierra inculta,
i osamentas sin fin se ven rodando
"destruccion...!" por las ondas murmurando.

Ora chocan los cráneos descarnados
con crujido infernal, i ora se advierte
cien cuerpos de animales disecados
bajar del alto con murmullo fuerte.
Parecen cementerios animados
donde el ser aun no acaba con la muerte....
Templo fatal de crímenes atrozes,
¿adónde yacen tus protervos dioses...?

......Pero ya la cuchilla sanguinosa
en sacrílega mano centellea,
amagando á una víctima preciosa
so la piedra desnuda i jigantea.
"En el nombre de dios:" voz espantosa
dijo, i el pueblo respondió: "asi sea;"
i el sacerdote en el altar propicio
consumó ya el sangriento sacrificio.

El llanto celestial del inocente
corre á par de la sangre: enfurecida
la piedra cruje i con denuedo ardiente
estalla en mil pedazos dividida.
"Venganza...!!!" grita la proterva jente:
corre su voz la estancia oscurecida....
En tanto se alza pavorosa nube
del hondo abismo i hasta el cielo sube.

Posa un instante en la encumbrada cima
testigo fiel de crímen tan sangriento,
i vuela luego desde clima en clima
al fuerte embate del sañudo viento.
Pregona al orbe la maldad: la sima
la recibe otra vez, i en un momento
debajo de la tierra desparece,
i en su centro de horror se desvanece.

"Callad," dice el ministro. "¿Habeis oido
«una voz majestosa é imponente,
«cual del trueno el horrísono estampido
«cuando zumba en los mares del oriente?"
Pásmase el pueblo: acállase el ruido:
silencio mudo por do quier se siente.
Suena la voz i á su clamar profundo
la tierra escucha, se estremece el mundo.

No es ilusion: un hombre se divisa
que atraviesa la estancia inaccesible,
con fuerte mano removiendo aprisa
las densas ramas de la cueva horrible.
Las firmes rocas, que su planta pisa,
al aire saltan con furor terrible,
i al llegar junto al pié del ara impura
la misma piedra vaciló insegura.

"¿Quién eres, oh mortal? ¿Cuáles rejiones
«abortaron tu furia destructora?
«Si entre tigres nacistes i leones,
«respeta al pueblo que á su dios adora."
Asi dijo el ministro: sus razones
atronaron la bóveda sonora,
i el pueblo en sus delirios aplaudía
el delirio que imbécil no entendía.

"Yo soi Nöe. La compasion me anima
«á esplicar á los pueblos sus temores:
«volando llego de apartado clima
«la verdad anunciando á los pastores,
«i apenas miro la elevada cima
«del oriente á los pálidos albores,
«cuando subo á la cúspide, i el eco
«guió mis pasos hasta el hondo hueco....

....."Mas cesad! ¡Desgraciadas, ai, las manos
«que se ostenten de sangre reteñidas...!
«Basta de crímen ya, basta, inhumanos;
«que el cielo venga tan preciosas vidas.
«Maldito morirá el que á sus hermanos
«destina las cuchillas homicidas:
«la misma tumba marcará al impío
«lanzando al viento su cadáver frío.

«Asaz de horrores la proterva jente
«verá en un tiempo, que los cielos saben,
«i entonce el mundo llorará demente
«aun mas desgracias que en la mente caben.
«Entónces pedirán al yermo ardiente
«de arena un grano do su planta graben,
«i el mar alzado cual robusta sierra
«de polo á polo cubrirá la tierra.

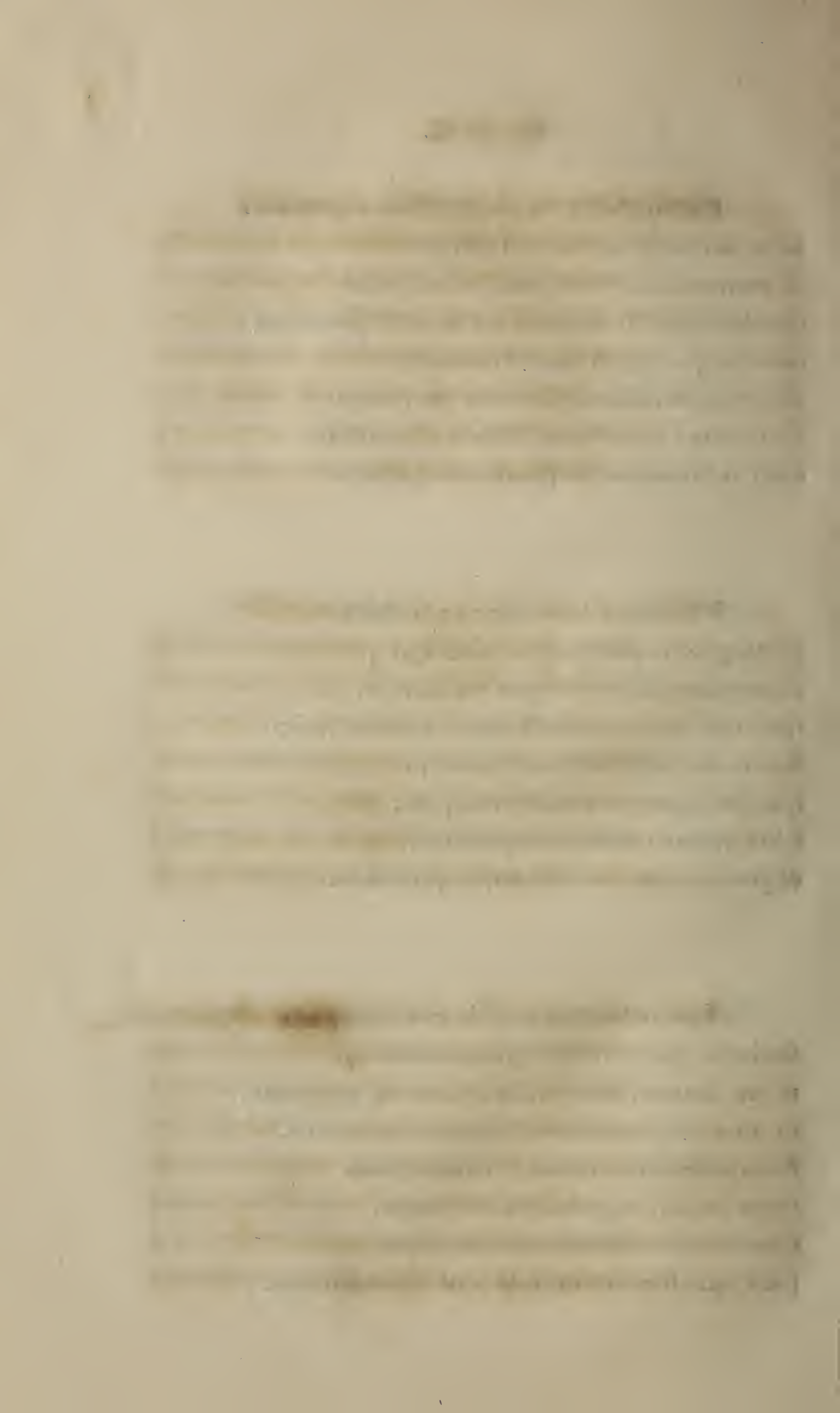
«Yo lo escuché, mortales. La tremenda
«voz del potente conmovió el vacío:
«*al polvo*, dijo, *la creacion descienda*,
«*i muera la maldad con el impio.*
«Las nubes chocan en atroz contienda
«al sentir de esta voz el poderío:
«traspasa el mar revuelto su barrera,
«i el monte se derrite como cera.

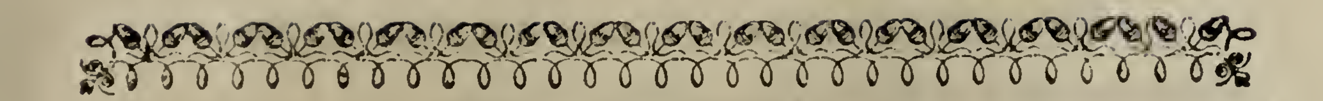
«Yo de parte de Dios vengo anunciando
«que el hora del castigo se avecina:
«ya se ajita en los cielos levantando
«el brazo que los orbes estermina.
«¡Ai del que duerme!!! el eco murmurando
«lloró mil vezes tan amarga ruina:
«i el mediodia, el septentrion violento
«temblaron juntos al tronar su acento.»

Un sudor pavoroso el cruel semblante
heló del adivino: su entrecejo
se enarcó hasta la frente, i vacilante
quedó entre el miedo i el horror perplejo;
mas luego fija su mirada errante
del cielo airado en el color bermejo;
i su rostro se inflama, i da un ahullido,
cual si ceshalase el postrimer jemido.

La cólera lo ahoga: su cabello
en largas trenzas por el aire ajita,
azotando á la par su grueso cuello,
que mas se ensancha cuanto mas se irrita.
En tanto baja celestial destello
que las jigantes rocas precipita,
i los dioses colosos despeñados
cayeron entre escombros sepultados.

Las tribus huyen: la caverna [redacted] espanta...
desierta entre el ramaje permanece;
ni un murmullo se escucha en su garganta,
ni una plegaria en su interior se ofrece.
Solo el cárabo oscuro cuando canta
en la estéril higuera do se mece,
repite audaz indefinibles nombres
para oprobio del mundo i de los hombres.





Canto cuarto.

La fama recorrió pueblos enteros
pregonando el castigo ya anunciado,
i las razas de entrambos hemisferos
hicieron libaciones; no hai collado
donde no se destrozen cien corderos
ó algun fuego se mire enmedio alzado:
no hai un mortal, que el porvenir no llore,
ni un simulacro vil que no se adore.

Dudas, horrores i mortal congoja
oprimen fieros á la especie humana:
cruza un cometa con su lumbre roja
el centro oscuro de la niebla vana.
El sol furioso desde el cielo arroja
rayos mil de su frente soberana,
i las nubes alíjeras se encienden
i de ira llenas los espacios hienden.

Los magos ante el ara de sus dioses
permanecen postrados noche i dia,
i apenas pueden entender las vozes
que eshalan tristes en la selva umbría.
Cada cual con los hechos mas atrozes
interpreta la horrenda profecía,
i todos se mostraban discordantes
esplicando sus sueños delirantes.

Hablaron los oráculos mentidos
tres noches i no mas: callados luego,
brotaban de sus rostros encendidos
medrosas llamas de rojizo fuego.
Vanas son las ofrendas: son perdidos
la sangre impura i el profundo ruego:
que el falso dios su porvenir ignora
i tiembla como el triste que lo adora.

Los templos conmovidos retemblaron
con sus altos i gruesos torreones:
las lámparas sus luzes apagaron
i el murmullo cesó de las canciones.
Del cielo i de sus dioses blasfemaron
con ahullido fatal cien mil naciones,
i á merced de su pérfido destino
por la tierra vagaban sin camino.

Mas viendo que el oriente placentero
ostentaba flamíjeros vapores,
retratando en su seno lisonjero
de la mar i la tierra los colores,
se encaminan á él, como lijero
bajel que á un puerto entre pintadas flores
en la tormenta, que á la mar devora
veloz dirije la cortante prora.

"Es un eden," gritaron: "su celaje
«las mansiones de un dios: allí la vida
«de la selva entre el rústico follaje
«con alhagos i amores nos convida.
«El ave ostentará rico plumaje,
«los bosques dulce fruta bendecida:
«sabrosos lloverán frescos rocios:
«de miel i leche brotarán los rios.

"Al oriente:" cien tribus esclamaban
sin víctimas, sin templos i aun sin dioses,
i despiertos los ecos remedaban
el confuso rumor de tantas vozes.
Los vientos en las cumbres rebramaban,
cual augurio fatal, i los velozes
pies levantaban en la verde olmeda
gruesa nube de blanca polvareda.

En tanto en los desiertos majestosa
un arca descollando se levanta,
i esconde su estrüctura portentosa
de la selva en la rústica garganta.
El aura de la noche silenciosa
no osa llegar á su robusta planta,
que escrito brilla en su elevada frente
el nombre del Señor omnipotente.

Parece un ser viviente cuyo seno
el libro escelso del destino encierra,
derramando su vista de ira lleno
por los anchos espacios de la tierra;
ó el fiero arcánjel del terrible trueno
jurando al hombre interminable guerra,
i pasto de su odio devorando
las horas que en su crímen va pasando.

Vela allí junto, cual añoso pino
que resiste del tiempo á los furores,
el hombre idolatrado del destino
sobre césped purísimo de flores.
En el cóncavo cielo cristalino
se deslizan espléndidos vapores,
i al pasar se detienen, i él los mira,
i algo le dicen que su frente inspira.

Ese hombre es Nöe: celeste hoguera
arde en su pecho á la maldad cerrado,
pura cual rayo, que á la azul esfera
despide el sol desde el zenit dorado.
Mil aromas salpica en la pradera
el aire entre las flores derramado,
i el eco solitario en la espesura
amores canta, "bendicion!" murmura.

Mas él tranquilo en su pensar sumido,
la luz no ve que en los espacios brilla,
ni las ondas del piélago dormido,
que se mecen tranquilas en la orilla.
Deja á su vista el amoroso nido
la cándida i llorosa tortolilla,
i canta en la fructífera arboleda,
i el susurro del zéfiro remeda.

Sonó una voz i en el rosado oriente
volvió á sonar con majestoso acento,
i llevóla al confin del occidente
el ánjel mudo del alado viento.
Repítela en sus aguas el torrente:
la imita el hondo lago en movimiento:
i el eco fujitivo la pregona
de mar en mar i desde zona en zona.

No tan presto la nieve endurecida
desciende de los Alpes nebulosos
por los vientos de Enero sacudida
á los hondos abismos procelosos,
cual la especie animal, apercibida
con los ecos que zumban sonorosos,
corre veloz i sin cesar camina
á la alta Arabia de la mar vecina.

Dejó el leon en la caverna umbría
las firmes rocas de su infancia cuna,
i el oso blanco de la zona fría
dejó del hielo su natal laguna.
El águila lijera se mecía
bajo el disco arjentado de la luna,
i la turba volátil se congrega
i en bandas miles por los aires juega.

Mas ve á sus plantas matizado el suelo
de mil figuras que la luz colora,
cual varia nube en el zafíreo cielo
teñida con la grana de la aurora.
Desciende al punto i por el verde velo
la selva oscura sin cesar esplora,
i al ver la turba de animal viviente
volvió á subir por el rosado oriente.

Inmensa nube los espacios llena
de avecillas sin fin: faltó el vacío
para tanto volar: la mar serena
al retratarla en su oleaje frío,
trazó un borron de tal grandeza ajena.
el sol perdió su luz; i el monte, el rio,
ocultaron sus plácidas alfombras
con negras tintas de espaciosas sombras.

Oid: oid los cantos de armonía
que llenan el espacio cristalino:
cantos que ignora la malicia impía;
pero que entiende el querubin divino.
En su dulce i celeste melodía
pregonan de los mundos el destino,
i el Eterno Hacedor de las alturas
se complace en las aves sus criaturas.

El ánjel del Señor de gloria henchido
entre nubes desciende majestoso,
i callaron las aves, i adormido
calla el viento su silvo vagaroso.
Silencio en la creacion: ningun sonido
lanza el mar de su seno misterioso;
mientra el ánjel de amor al arca llega
i sus alas magníficas repliega.

Habló á la tierra: el animal entiende
la sacra inspiracion; habló á los vientos
i las aves oyeron: luego asciende
por cima de los altos firmamentos.
Da una vuelta á los globos i desciende
otra vez los espacios cenizientos,
i se oculta por fin con noble brío
en el piélago inmenso del vacío.

Rujió el leon i la robusta frente
alzó á los aires de temor ajena,
i firme el rostro sacudió valiente
en los hombros nervudos su melena.
Vé del arca fogoso i dilijente
la férrea escala que en sus goznes suena,
i atraviesa los sotos con estruendo,
cual torrente veloz al mar corriendo.

El armiño le sigue i simplecillo
sus vellones enlaza con las flores,
i detras retozando el corderillo
fiel remeda el cantar de los pastores.
El tigre moteado i amarillo
olvida de su furia los rencores,
i procura con lánguido murmullo
imitar de la tórtola el arrullo.

Ya tocaban la puerta resonante
á sus fieros embates conmovida,
en cuyo fróntis dice de diamante
«venid á mi los que buscais la vida.»
Ya á las vozes del justo suplicante
es la especie del cielo bendecida,
cuando inmóvil se queda en la ancha puerta
de miedo atroz i sobresalto yerta.

La arena del desierto se conmueve
cual corriente de un mar tempestuoso,
i sube al aire, i sobre el arca llueve,
i vuelve á hervir con ímpetu furioso.
No se ve si es el viento quien la mueve
reluchando en su seno profundoso;
mas de pronto se observa una serpiente
rasgar la arena i sacudir la frente.

Silvó tres vezes i el atroz veneno
rebosaba en su boca retemblante:
vuélvelo á hundir en el profundo seno
i arrójalo á sus pies en el instante.
Enhiesta el cuello de rencores lleno
i enarca las escamas palpitante:
la cola vibra en el ardiente suelo,
i en pié se pone maldiciendo al cielo.

Es la sierpe enemiga, que traidora
del Eden en las flores escondida,
en la alba luz de la primer aurora
mancilló la inocencia adormecida.
Por ella el mundo delirante llora:
la muerte su hija fué: la dulce vida
trocó en horrores, i el Eden preciado
en yermo solitario i destemplado.

Satan le infunde su protervo aliento
escondido en su seno tremebundo,
i amenaza feroz en su ardimiento
romper el arca i desolar el mundo.
No tan rápido el rayo hiere al viento
cuando baja del cielo furibundo,
como presto Satan llegó á la puerta
por la ancha playa de la mar desierta.

Entónces con encantos lisonjeros
á los brutos imbéciles halaga
i con silvos i amores placenteros
entre las flores serpeando vaga.
Ora finje con ecos hechizeros
la voz feliz de la sirena maga,
ora eleva la frente embebecida
i al ocio blando del placer convida.

En vano, sí: que el animal pasmado
veneno activo en sus entrañas siente,
i el justo fiel recuerda horrorizado
el castigo del padre delincuente.
El cielo en negro manto encapotado
el crímen anunció de la serpiente;
i el Eterno en el alto solio fijo
otra vez la contuvo i la maldijo.

Se hundió en la arena i levantóse altiva
entre nubes de polvo, i vacilante
la gruesa cola sacudiendo activa,
enroscaba la piel agonizante.
Revuélcase otra vez: la rabia aviva
mordiéndose la lengua ya espirante:
da un silvido feroz i muere luego,
en vez de sangre vomitando fuego.

El Averno retiembla: sombras vanas
en los bosques se miran espantosas,
cual negras rocas de la luz lejanas
remedando visiones caprichosas.
Cinco vezes se alzaron inhumanas
"¡esterminio!!!" gritando, i temerosas
cinco vezes se hundieron al profundo,
que "¡esterminio!!!" zumbaba furibundo.

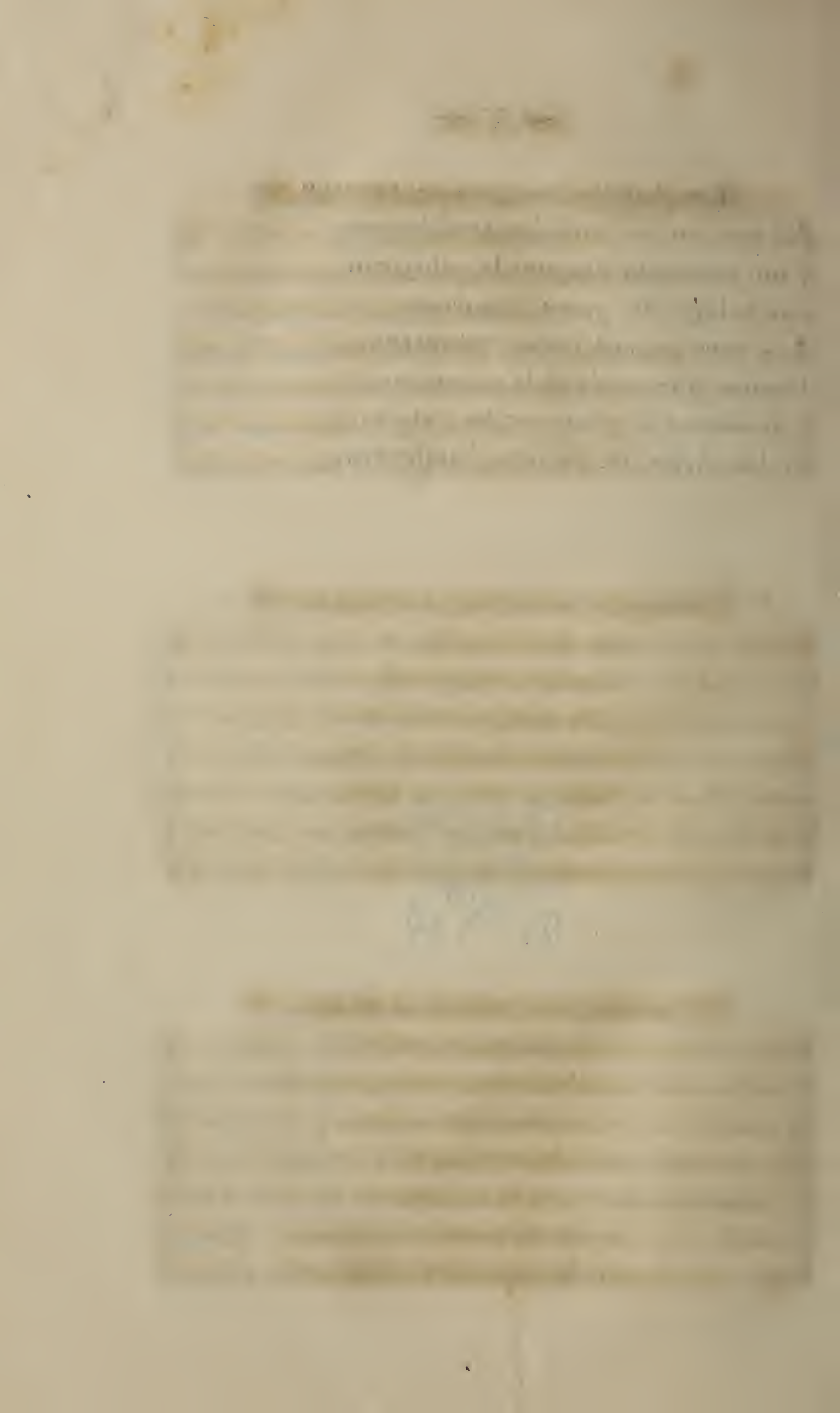
Respira el bruto i con denuedo avanza
do lo lleva su plácido destino,
cual batel que en la próspera bonanza
va surcando el espejo zafirino.
Entran juntos henchidos de esperanza
en el centro del arca en remolino,
i su copa süave de beleño
les da á beber el apacible sueño.

Gozosa el ave, del silencio apena
se informa por el aire, ya amorosa
las alas tiende que agitó, i serena
del espacio desciende majestosa.
El águila caudal de gloria llena
del arca allá en la cúpula se posa:
i las aves en bandas se deslizan,
i de los cielos el cristal matizan.

I vuelven desaladas, i á porfía
se ocultan en el arca suntüosa,
cual las abejas en la tarde fría
la colmena penetran deliciosa;
que un instinto comun es quien las guía
cual fuera un tiempo en la creacion dichosa,
cuando en un nido mismo lisonjero
moraba el ruiseñor i el buitre fiero.

Los ánjeles benignos se posaron
del arca en los cordajes temblorosos,
i un momento despues la cobijaron
con celajes de grana vaporosos.
Las aves en mil coros entonaron
himnos nuevos de vida sonorosos,
i asomaron la sien por las esferas
de los cielos las fúljidas lumbreras.







Canto quinto.

Plácido rayo de naciente aurora
el éter puro del oriente baña,
i con granas i nácares colora
al arroyo, la vega i la montaña.
La brisa se columpia encantadora
entre el junco flecsible i la alta caña,
i duerme la pintada mariposa
sobre el pétalo tierno de la rosa.

El sol apenas su cabello ardiente
lanzó á los aires en la azul esfera,
ni una nube en sus órbitas consiente
ni sombra alguna en la jentil pradera;
mas al tocar en el zenit luciente
paró un instante la veloz carrera,
i viendo al suelo en su postrer verdura,
fugaz manchó su frente sombra oscura.

Jamas del mundo en la tranquila infancia
se vió nacer tan encantado dia:
las flores deshaciánse en fragancia:
el cielo matizado aparecia.
Depuso el ancho mar de su arrogancia
la horrenda saña, i con quietud dormia,
i al traves de sus líquidos cristales
ostentaba sus perlas i corales.

El Fajes i el Arajes confundiendo
sus corrientes azules cuando llegan
al punto do el Eúfrates naciendo
i el ancho Tígris las campiñas riegan,
callan el ronco ajitador estruendo
i del Eden en los verjeles juegan,
retratando en su calma adormecida
del hombre justo la inocente vida.

Vierte el prado finísimos olores
mostrando alegre jentileza i gala:
se mecen gratas las tranquilas flores
i el céfiro en sus corolas resbala.
El arroyo mil cándidos vapores
al aire puro de su seno esshala,
i retoza feliz en la espesura,
i del ave los cánticos murmura.

Los cisnes se deslizan blandamente
recorriendo á la par ambas riberas,
i flotando á merced de la corriente
forman cien ilusiones placenteras.
El arroyo en su espejo transparente
fiel retrata sus formas lisonjeras,
en tanto que, las alas azotando,
los cisnes amorosos van jugando.

Bella vírjen se ostenta la natura
coronada de lirios i amapolas:
bello el aire, la luz, la tierra pura,
divino el mar con sus movibles olas.
Nubes doradas de jentil figura
de los lagos tranquilos se irguen solas,
i circulan mostrando dulcemente
el cristal de su seno transparente.

Campos, reverdeced: brotad, palmeras:
henchid los cáuces, opulentos rios:
paced, ovejas: alegraos, praderas:
lloved del cielo, fértiles rocíos.
Rodad, astros de luz, por las esferas
reflejando en los páramos sombríos:
un momento no mas el hombre os vea
ántes que el hora de esterminio sea.

Sí: llegará: que el inocente llora
cuando todo en la tierra anuncia calma,
i léjos de la luz, que el hombre adora,
la sombra busca de la altiva palma.
Vedlo allí con su esposa encantadora
verter el llanto que destroza el alma,
i sus hijos allí tristes vagando
con sus tristes mujeres sollozando.

El los abraza i con afable mano
el arca de la vida les presenta.
"Allí está la salud, el soberano
«bajel que el cielo en su piedad sustenta.
«Todo el poder de la creacion es vano:
«salvo será en la universal tormenta;
«que así lo dijo el Dios, á quien adoro,
«i en los cielos grabó con letras de oro."

Dice: i postrados en la verde falda
el cántico de amor juntos entonan,
i tejiendo una cándida guirnalda
la prora fuerte del bajel coronan.
Del monte con la nítida esmeralda
los costados del arca ya festonan,
i su alcázar con mirto i siempre-viva
i una corona de naciente oliva.

Entraron ¡ai...! El arroyuelo mudo
se pára inmóvil en la verde grama,
i perlas llora en su dolor agudo,
i entre espinas sus óndulas derrama.
Jime el abeto i sobre el tronco rudo
inclina al suelo su doliente rama,
mientra el justo á sus hijos congregando
"oid," dice, "i haced lo que yo os mando."

"Oye, hijo Sem, i de mi labio amante
«acepta alegre el cariñoso sello.
«Tú como el sol te elevarás radiante:
«mas que los rayos de su lumbre bello.
«Deja que tienda en tan aciago instante
«mis paternales brazos á tu cuello:
«oye la voz que el porvenir te dice
«i que llena de amores te bendice.

«Tú poblarás el nacarado oriente
«do te llama un destino misterioso,
«desde el Táuro, que se alza allí eminente,
«hasta el mar de las Indias proceloso.
«El sirio, persa i árabe valiente
«serán tus hijos, i el hebreo famoso
«nacerá de tu prole sacrosanta,
«cual verde rama de robusta planta.

«El al Señor tributará rendido
«holocaustos sin fin i adoraciones,
«i por cima del tiempo i del olvido
«su nombre volará por las naciones.
«El Dios de nuestros padres conmovido
«bondoso aceptará sus oblaciones,
«i espiará sus delitos aromado
«el rico incienso en el altar quemado.

«Asi unos siglos pasarán. Mas luego
«verán los hombres luminosa era:
«caerá Israel en el delirio ciego
«i no será su dios el que ántes fuera.
«El Verbo ardiente en amoroso fuego
«morirá en una cruz.... la tierra entera,
«del mar que ves á las heladas zonas,
«rendirá ante sus plantas sus coronas.

«Leyes de amor i relijion de amores
«será del mundo el próspero destino:
«la vida correrá entre gayas flores,
«sin abrojos ni zarzas el camino.
«Pueblos, jefes, ministros i pastores
«serán hermanos: el Eden divino
«sus puertas abrirá, i horrorizado
«jemirá el hondo Averno encadenado.

«Alza la frente: perenal ventura
«te guarda el Cielo á tu inocencia pío.
«Yo veo al Cristo de amor.... su sangre pura
«hierve en tus venas cual undoso río.
«El orbe pasará; que asi en la altura
«yace escrito del piélago vacío;
«pero el ser, que tu ser dará fecundo,
«mas que la tierra durará i que el mundo.

«Oye Jafet, i por la Europa entera
«i el Asia occidental la vista tiende:
«tuyas son hasta el punto donde muera
«el mar inmenso que á tus pies se estiende.
«Tuyas son esas islas i esa esfera
«de líquido cristal que las defiende.
«Vive feliz en apacible calma,
«i allí florece cual robusta palma.

«Mas.... ¡tiemble Cam, si del destino aciago
«el velo rasgo á su ignorancia impía.
«Horas de muerte i vergonzoso estrago
«le esperan ¡ai! en la ecsistencia umbría.
«Tétrico horror, indefinible i vago,
«siento ajitarse por la mente mia....
«Yo tiemblo ¡oh Dios! cuando mis manos besa,
«i el ser infausto, que le dí, me pesa.

«Pero acércate.... ven.... Pueble tu jente
«del Africa los tristes arenales
«i la parte de Arabia i Siria ardiente
«que habitan ponzoñosos animales.
«Nada me es dado que á mis hijos cuente:
«nada te digo de tus propios males;
«mas teme, si á los crímenes te lanzas,
«de los cielos tremendas las venganzas.

«¡En vano! ¡En vano! ¡Ya al Ejipto impío
«miro á Júpiter, hijo, idolatrando
«bajo el nombre de Hemnon...! ¡Undoso río
«de sangre corre ante su altar infando...!
«¡Cielos, piedad...! El triste pecho mio
«se desgarra convulso palpitando....
«¡Ai de tí, Cam, si ante sus pies te humillas..
«¡Maldito si doblares las rodillas!!!

«Huye, infeliz, los vergonzosos lazos
«de las hijas del hombre i sus amores;
«que el veneno va oculto en sus abrazos,
«cual áspid ponzoñoso entre las flores.
«Yo te he visto frenético los brazos
«tendiendo á sus halagos seductores:
«mañana acaso por su amor impuro
«del mismo Dios blasfemarás perjuro.

«Maldita entónces tu doliente esposa
«i tus hijos serán: maldito el suelo
«do sembrares la espiga, que azarosa
«será marchita por el sol i el hielo.
«Maldito el árbol cuya rama hojosa
«sombra te dé: maldito el arroyuelo
«si de él bebieres: i maldito el prado,
«i el aire que respires, desdichado...!"

Dice: i de léjos á la par resuenan
ecos sordos de horrenda gritería,
cual los chillidos que en los aires suenan
de aves que anuncian la tormenta impía.
Cuanto mas se avecinan, mas se atruenan
los centros ignorados de la umbría;
cuando pueblan los sotos de repente
grupos sin fin de innumerable jente.

Cien cabezas se miran ajitadas
cual tiernas plantas que Aquilon remueve,
ó cual olas del mar, cuando encrespadas
las frentes rompen en la arena leve.
Enmedio se divisan derramadas
pupilas miles con mirar aleve,
cual fuegos que á los tímidos espantan
i de noche en las tumbas se levantan.

Mujeres, viejos, jóvenes é infantes
en confuso tropel bullen ansiosos;
estúpidos los mas i delirantes,
algunos discurriendo temerosos.
Ven del arca las puertas resonantes
cerradas por do quier, i rencorosos
contra el justo que habita sus mansiones,
prorumpen en tremendas maldiciones.

Apenas el murmullo delincuente
subió del aire á la rejion vacía,
lóbrega noche envuelve tristemente
la mar, los cielos i la tierra impía.
Calla el ave, que al son del dulce ambiente
ensayára sus cantos de armonía:
calla el viento en la playa amortecido,
i el eco no murmura ni un sonido.

La turba mira oscurecido el cielo
i de sus iras con furor se rie.
"No hai dioses," esclamaba: "el triste suelo
«sigue al astro primero que lo guie.
«Vendrá mañana tras el negro velo
«jenio mayor que al astro desafie;
«que entregada la tierra al triste acaso,
«el oriente vendrá como el ocaso.

«Nuestros padres murieron: el destino
«asi en los cielos lo dejó grabado:
«el polvo tornará al polvo mezquino
«cuando el fin de la vida sea llegado.
«Todo yace cual era: el cristalino
«cielo es el mismo, i el frondoso prado:
«nosotros morirémos cual murieron
«los hombres infelizes que ya fueron.”

Débil luz dentro el arca misteriosa
se ve oscilar, como perdida estrella,
que enmedio de la noche pavorosa,
se asoma al mundo silenciosa i bella.
Una mano fantástica i medrosa
i dos ojos no mas encima de ella
se divisan de léjos, abismados
en sus centros oscuros é ignorados.

”¡Silencio!” Habló desde la cumbre un hombre
i al hombre dijo con temible acento:
”Despierta, imbécil, que tu odiado nombre
«pronuncia el universo en movimiento.
«Vano será que el porvenir te asombre:
«vana la risa i el fatal lamento;
«que ya tu nombre por Jehová está escrito
«allá en los cielos, i hasta el fin maldito.

«Se accrca el hora.... La nublosa esfera
«enlutándose va.... ¡ai del humano...!
«¡Nunca mirára de la luz primera
«el rayo que alumbró su polvo vano.
«A la tumba volved.... su sombra fiera
«es desgracia menor.... tiemble el insano...!
«Temblad, mortales, que Jehová iracundo
«los polos cimbra del estenso mundo."

Dice, i la turba se enfurece i brama,
i una lluvia de piedras lanza altiva,
i en los sotos proterva se derrama,
i mas i mas su cólera se aviva.
Enciende luego corpulenta llama
que al cielo toca con su lumbre viva,
i el arca inmóvil á sus rayos cruje,
i el pueblo todo con delirio ruje.

"Perezca," dice, "i en el polvo vano
«por siempre hundida su arrogancia sea.
«caiga el que injusto se aclamó tirano
«i del hombre en la angustia se recrea.
«Digno holocausto del rencor humano
«el arca infame destrozar se vea,
«i vaguen dispersados sus fragmentos
«á merced de las ondas i los vientos."

Risas, blasfemias, maldiciones suenan
del aire espeso en la neblina vaga:
las montañas altísimas se atruenan:
los centros crujen de la tierra aciaga.
Los mares se alzan i á la par retruenan:
sombra de horror por los espacios vaga:
abren las nubes el profundo seno
i al bramido del mar acalla el trueno.

No bastan, no, del cielo los horrores
al mortal infeliz i empedernido:
crecen mas sus delirios i rencores
mientra el mundo se ajita conmovido.
Nuevas piedras arroja en sus furores;
nuevas llamas enciende envilecido,
i abismado en su bárbara alegría
á los orbes i al cielo desafía.

"¿Dó está el rayo de Dios que conmoviera
«las simas ominosas del profundo?
«¿Dó aquel dedo eternal que estremeciera
«el eje estenso colosal del mundo?"
Dice la turba denodada i fiera
eeshalando alarido furibundo,
i á sus vozes se abrieron inflamadas
del infierno las puertas aferradas.

"Decís mui bien:" el ánjel del Averno
gritó bramando en su delirio impío:
"¿Quién os dijo, mortales, que el Eterno
«pueda esclamar "el universo es mio...?"
«El hombre es dios del mundo: su gobierno
«le atañe por su noble poderío.
«Yo cual vosotros en mi reino mando
«apesar del tirano i de su bando."

Así esclamó: cuando el Eterno airado
vívida lumbre desde el cielo arroja,
i se mira el desierto ya trocado
en llama horrenda, devorante i roja.
Huye el pueblo por selvas derramado
con fiero espanto i con letal congoja,
i la hoguera voraz sigue tras ellos
arrojando sus fúljidos destellos.

Las piedras contra el arca despedidas
se vuelven á la inmensa muchedumbre,
i el que escapa las llamas encendidas,
de un golpe rueda la elevada cumbre.
No hai salvacion: las sierras mas erguidas
se doblan á su horrenda pesadumbre,
i el fuego rompe la riscosa valla
como un volcan cuando tremendo estalla.

Dos raudales del justo blandamente
las mejillas regaron presurosos,
i un suspiro ecshaló del pecho ardiente
que entendieron los bosques silenciosos.
Por tres vezes el labio balbuciente
quiso dar sus sonidos dolorosos,
i otras tres fatigado enmudecía
con las lágrimas tristes que bebía.

"A dios, prorumpe, nacarados rios,
«que regásteis mi vega encantadora,
«á dios por siempre, corderillos mios,
«¿á quién los ojos volveréis ahora?
«Lagos de destruccion, mares impíos
«serán los sotos que mi pecho adora,
«que yo mismo planté: ¡ai...! ¿Cuántas vezes
«las palmeras regára i los cipreses...?

«No mas los cisnes tenderán graciosos
«las ricas plumas que en las aguas flotan,
«ni allá en mi selva crecerán hojosos
«los viejos troncos que mi gruta azotan.
«No mas los montes lucirán vistosos
«las tersas flores que en su falda brotan,
«ni el sol verá cuando despunte el dia
«el sacro hogar de la familia mia.

«Vosotros, hombres, en eterno olvido
«i en crímenes eternos sepultados,
«á dios quedad: vuestro delito ha sido
«el que ajita á los cielos irritados.
«Llorad: llorad. ¿El hórrido rujido
«no escuchais de los mares levantados?
«El os anuncia vuestra aciaga suerte
«que se mece en las garras de la muerte.

«¡Ai! morirán...!!! Mis plantas temblorosas
«la ceniza hollarán del vil humano,
«i sus almas veré que silenciosas
«se elevan tristes desde el polvo vano.
«Ni un eco en la creacion: solo en las fosas
«se oirá el rujir del aquilon insano,
«i en la tierra sin un solo viviente
«mi propia sombra espantará á mi frente.

«Desierto el monte, solitario el prado
«tan solo ruinas hallarán mis ojos,
«i el nuevo sol retirará asombrado
«del yerto mundo sus destellos rojos.
«Piedad, gran Dios...! Mi labio resignado
«no te pide que cesen tus enojos....
«Yo tu justicia inecsorable adoro;
«mas déjame verter mi amargo lloro.”

Entónces Dios los rápidos instantes
contó á los siglos desde el alto asiento,
las gotas á los mares resonantes
i las leves moléculas al viento.
I enmedio de los astros vacilantes
que alfombran de su trono el pavimento,
augusto rayo de sus pies fulmina
i el hora fija de la atroz ruina.

Los ánjeles se postran temblorosos
é interrumpen los sones de su canto:
tiemblan los ejes del Eden preciosos,
i enmudecen los orbes con espanto.
Las lámparas del cielo en los nublosos
aires se cubren con opaco manto:
muerto yace en la arena el mar tendido....
¡Desgraciada creacion...!!! ¡Ya no hai sonido...!!!





Canto sesto.

¿I es verdad, santo Dios..? ¿I el ronco viento
silva en los senos de la oscura esfera,
i arrebata de cólera sediento
las nubes que le estorban su carrera?
¿Adónde, adónde vas? ¿Qué fin violento
al mundo imbécil por su mal le espera?
¿Quién desciende del cielo encapotado
cual ánjel de su solio derrocado...?

Vedlo allí: sobre nubes encendidas
envuelto en humo formidable sombra:
fuego brotan sus alas sacudidas:
tiende á su planta el fuego roja alfombra.
Vedlo allí: por las bóvedas erguidas
"ira del cielo" en su furor se nombra:
Ved cual tiende la vista furibundo
i escudriña los ámbitos del mundo.

Ruje el leon: los tigres devorantes
se asoman en las cuevas pedregosas:
los cedros de los bosques retemblantes
inclinan hasta el suelo sus rugosas
frentes marchitas: braman resonantes
los vientos en las selvas espantosas:
suena el trueno fatal: el onda crece....
Es de la muerte el ánjel quien parece.

Tiende un ala i los raudos aquilones
en los polos veloz desencadena,
i entre pardos i espesos nubarrones
la opuesta ajita, i de la mar serena
retuerce las corrientes: cien lejiones
bajan tras él i la creacion se atruena,
mientra el ánjel terrífico derrama
copiosa lluvia de viviente llama.

"¡Ai de la tierra!" prorumpió: "el impío
«perezca confundido en polvo vano:
«el mundo entero por su mal es mio:
«la llave del abismo está en mi mano."
El aire queda mudo: en hielo frío
se convierte asombrado el Oceano,
i las plantas se mecen tristemente
por la última vez al grato ambiente.

"¡Ai de la tierra...!" en el turbado viento
repitieron los ánjeles pasmados,
que descienden con ímpetu violento
por cima de los astros eclipsados.
Tronó el inmarcesible pavimento
del alcázar de Dios, i los sagrados
centros profundos resonante hiende
su escelsa voz que el universo entiende.

"Dios, gloria á tí:" los coros celestiales
dijeron á una voz, i en raudo vuelo
brilla el sol entre nubes de corales
que festonan las bóvedas del cielo.
Los montes de las nieves eternales
la frente asoman por el blanco velo,
i un instante despues en cáos profundo
los astros jimen, se oscurece el mundo.

Espectros miles la rejion vacía
inquietos sulcan anunciando horrores,
i entre la bruma ennegrecida i fría
se elevan espantosos resplandores.
Oscilantes en mísera agonía
mueren luego trocados en vapores:
Vuelan: suben: en grupos se amontonan
i la mar i los vientos inficionan.

Dobla su furia el huracan, i el trueno
mas i mas ruje su fragor doblando,
i el rayo ardiente de rencores lleno
nueva llama en las nubes va buscando.
Rasga el espacio su enlutado seno
piedras sin fin con ímpetu arrojando,
i las playas, ¡oh Dios! en triste lloro
al cielo escupen sus arenas de oro.

Retumba el aquilon: la dura roca
estalla i rueda en polvo convertida:
abre el infierno su profunda boca
i arroja un mar de fuego enrojecida.
Cárdena nube que los cielos toca
cien rayos i otros cien lanza encendida:
arden los bosques: las raizes prenden,
i los metales de la tierra encienden.

No hai ya montaña cuya altiva cumbre
no se trueque en volcan: lava violenta
arde en sus senos, i á la roja lumbre
el alto risco por do quier revienta.
Miles piedras de inmensa pesadumbre
arroja cada cima corpulenta,
i al punto ruedan del abismo adentro,
i se estremece de la tierra el centro.

El cedro fuerte i el altivo monte
vacilan en sus plantas mal seguros:
llega el trueno hasta el último horizonte
i lo empaña con hálitos impuros.
Teme el sol que á su esfera se remonte
é infiel confunda sus reflejos puros,
i el mismo cielo á su furor temblára
si el eterno Jehová no lo animára.

Huyen ¡ai! los mortales espantados
al escuchar el pavoroso trueno,
i buscan los desiertos apartados
lívido el rostro, palpitante el seno.
La muerte corre en pos: ígneos nublados
alza el desierto de furores lleno,
i convertido en luminosa llama
por las tristes campiñas se derrama.

"¡Muerte!" pronuncia el caudaloso río
arrasando los troncos de su orilla:
"¡muerte!" retruena el aquilon impío:
"¡muerte!" la tierra que encendida brilla.
De piedra el hombre, como el mármol frío,
su altiva sien ante su Dios no humilla,
i el rayo maldiciendo que lo hiere,
entre la rabia i los tormentos muere.

Un ¡ai! tremendo por el aire vago,
cual trompa fiera, en los espacios zumba;
un ¡ai! Satan desde su horrendo lago
lanza, i el orbe á su clamor retumba.
El mar ya presto al formidable estrago
prepara al hombre la ominosa tumba;
i en espumas se trueca enfurecido
en sus huecos profundos conmovido.

Ruje al fin con un trueno prolongado,
que nunca el hombre oyó: la frente eleva
en gruesos remolinos, i encrespado,
rebaños, sotos i montañas lleva.
Sube al cielo de cólera inflamado:
la nube teme que su niebla beba:
cae deshecho, i horrísono se esplaya,
i se revuelca en la estendida playa.

Brama al punto el torrente impetuoso
i en las sierras fragosas se desata,
i al mismo cielo su raudal furioso
arroja la encrespada catarata.
Vuelve luego: deshecho i espumoso
los riscos empinados arrebata:
el isla cubre, la llanura aniega,
i del monte la cúspide doblega.

Cien nubes i otras cien el Occidente
despide por los golfos del vacío,
i con las nubes del opaco oriente
las junta luego el aquilon impío.
Chocan: se apiñan: en su rabia ardiente
luchan tremendas con potente brío:
los senos rompen con terrible estruendo,
agua á la tierra i á la mar vertiendo.

¡Oh...! ¡cuántos bultos en la espuma fiera
se ven flotantes reluchando en vano...!
¡Cuántos escombros de lo que antes fuera
morada vil del insensato humano...!
La voz del moribundo lastimera
ahoga con su voz el Oceano,
que está en su frente por el Dios escrito:
"maldito el orbe i el mortal maldito."

Mueren juntos en lucha congojosa
el pastor infeliz con su rebaño:
ya no hai vida en la tierra lastimosa
que no amague la muerte por su daño.
Los cielos son de hierro: nube umbrosa
ecshala un grito al universo estraño,
i el ánjel de la vida su corona
rompe triste en la tierra i la abandona.

"Huid" prorumpen: "la montaña sea
asilo grato á nuestro mal destino:"
Oyelo el monte i á la par flaquea,
i rueda hasta la mar en remolino.
De horror i muerte formidable tea
abrasa el pecho del mortal mezquino:
"¡no hai esperanza...!" falleciente clama,
i allá en sus furias á la muerte llama.

Ve el amigo al amigo arrebatado
por la espuma del mar onditonante,
i no llora por él; que desperado
huye al estremo del confin distante.
El esposo perece retirado
de la esposa infelize i delirante,
i ella en vano con grito doloroso
demanda al ola su perdido esposo.

Solo responde á su clamor profundo
el rujido del mar i el ronco viento;
mas súbito un quejido furibundo
su nombre dice con terrible acento.
"¡A dios.... á dios...!" el labio moribundo
repite luego con furor violento.
Oye la esposa: en convulsion se ajita,
i en el agua fatal se precipita.

Llega un onda á la madre i roba impía
del pecho amante la adorada carga,
i maldice en su mísera agonía
la vida atroz, que por su mal se alarga.
Nueva furia los junta aun mas impía
i unidos beben de la onda amarga;
suenan ecos de horror: al fin perecen,
i entre montes de espumas desparecen.

Allí va el dios en cuyo templo ornado
se entonaban cien himnos resonantes,
i aqui lucha el ministro destrozado
por las espumas de la mar flotantes.
Ved el pueblo tambien que prosternado
le ofreció sus plegarias delirantes,
fiero el mar en su seno los recibe,
i sus nombres de horror con sangre escribe.

La fiera abandonando su guarida
la morada del hombre busca ansiosa,
i penetra en su estancia derruida,
i entre escombros se oculta silenciosa.
El templo atroz de la deidad mentida
habita la serpiente ponzoñosa,
i el ave amortecida allí se ampara,
estendiendo sus plantas sobre el ara.

"No mas, gran Dios" en las alturas suena
i en los antros tambien: "no mas venganza....
«tiende la vista á la maldad serena,
«i vuelve al mar su próspera bonanza."
La voz se pierde: por do quier resuena
nueva voz de esterminio i de matanza,
i derrocadas á la par cayeron
las escelsas montañas que la oyeron.

Solo una cumbre se mantiene altiva
enmedio de la ruina asoladora,
donde el justo ofreciera con fe viva
la víctima de amor que el cielo adora.
Irgue aun tranquilo su cabeza altiva
el sagrado Ararat: plácida aurora
baña su cumbre, i aun se ven de léjos
en las aguas trazados sus reflejos.

Allí se agolpa en confusion violenta
el triste ser á quien la mar perdona,
i se ve so la cumbre cenizienta
de hombres i bestias desigual corona.
Desde el alto se escucha la tormenta
correr bramando desde zona en zona,
i el quejido del triste moribundo
al hundirse en el piélago profundo.

I una nube pasó: rueda otra nube
i se asienta en la cúspide eminente:
toca los mares, i á los cielos sube,
i se mece en la niebla transparente.
Bate los aires celestial querube
i esclama con jemido reverente:
"Dios, ¿i ese monte que aun allí negrea?...
I una voz respondió: "¡maldito sea!!!"

Cien vapores circundan su garganta,
lluvia i piedra con ímpetu arrojando:
baten las ondas su robusta planta,
i el monte se desquicia retemblando.
El viento atroz en su furor quebranta
las rocas, que al abismo van rodando,
i con ellas cien hombres se desprenden
i á lo profundo de la mar descienden.

Cual convulso en la sierra pedregosa
las manos clava en su delirio impío,
i sin brazos despéñase á la undosa
mar que recibe su cadáver frío:
cual sobre el hijo ecsánime se posa
i ruedan juntos al profundo umbrío:
cual ora, cual blasfema, cual espira
i maldice á los cielos en su ira.

Allí brama el jigante cuya mano
la sangre derramó del inocente:
ved en su rostro su delirio insano
á la luz del relámpago esplendente.
"¡Piedad...!" grita, i el Cielo soberano
"¡venganza...!" clama con su voz potente,
i "¡venganza...!" furiosos repetian
sus víctimas que el aire discurrian.

Albos cendales sus mejillas bellas
ocultan con sus pliegues majestosos:
son del cielo fantásticas estrellas
que reflejan sus rayos misteriosos;
Mas ¡ai! que despidiendo mil centellas
se lamentan con ecos lastimosos,
i demuestran con sangre enrojecida
del leve cuello la profunda herida.

Postrado en tierra, desceñido el manto,
cárdeno el rostro, el pecho comprimido,
los labios mudos de indecible espanto,
se revuelca el jigante enfurecido.
De las cándidas víctimas el llanto
su corazon desgarra empedernido,
i la sangre, que brotan aun caliente,
su sien abrasa, como lava ardiente.

La sombra de Cain se le aparece
insultando su bárbara agonía,
i llamándole hermano, cruel le ofrece
sangrienta copa conjelada i fría.
"Bebe" dice: su pecho se estremece....
"bebe la sangre, que vertiste un dia:"
i al tocar en su labio moribundo,
lanzando el alma se arrojó al profundo.

Murió, murió: de la injusticia humana
padron eterno que la mar devora.
No; no su nombre pregunteis mañana,
que el nombre suyo á la creacion desdora.
Sonó, cual eco de fatal campana,
allá en los cielos la postrera hora....
hora es de muerte.... el universo espira
so la furia de un Dios ardiendo en ira.

"¡Jehová!!!" retumba en los oscuros senos
del espacio i del báratro profundos:
"¡Jehová!!!" repiten furibundos truenos:
"¡salud, Jehová!!!" los mares i los mundos.
De miedo atroz i de congoja llenos,
los ánjeles se esconden tremebundos,
i do quier vaga el viento sacudido
se oye sin fin universal jemido.

Vanas son las cavernas, el collado
do el hombre agonizante se destierra;
que ni aun libre se ve del Dios airado
en las hondas entrañas de la tierra.
Do quiera el mar: en el desierto helado
el mar se ajita i en la altiva sierra:
mares son esos aires, mar el suelo,
i todo cuanto está bajo del cielo.

El sol se horrorizó: su luz radiante
en humo i sombra se trocó apagada:
buscó otros mundos i encontraba errante
horror tan solo en la creacion turbada.
Los astros le observaban espirante
con mudo espanto i con la faz velada,
sus rayos en los centros recojieron,
i al morir su señor, tambien murieron.

La parca atroz de víctima sedienta
se cansó de matar: el soberano
cetro depone; i mustia, soñolienta,
arroja la guadaña al Oceano.
El mar ¡oh Dios! horrorizado intenta
ocultar los cadáveres en vano:
su inmenso abismo á contener no alcanza
los despojos sin fin de su venganza.

La tierra es una tumba: el cielo impío
se confunde en el mar: los tiburones
se abisman en los golfos del vacío,
i el ave en las undívagas rejiones.
Entre las nubes del espacio umbrío
se oyen de horror indefinibles sones:
es el infierno, cuya boca odiada
lanza al mundo tremenda carcajada.

Horror, despojo, soledad, ruina,
mares ó tumbas, escuchad mi canto:
¿en dónde yace el ser? ¿Dónde domina
el hombre enántes de la tierra encanto?
Orbes, jemid: de la creacion divina
llorad ¡oh jenios! con eterno llanto,
salud, horrendo cáos, mundo desierto,
yerto cadáver en sepulcro yerto.

No hai mas allá.... sobre la tierra pesa
de Dios la mano que los cielos mueve:
su furia solo el corazon espresa,
que el labio á proferirlo no se atreve.
Creced ¡oh sombras! ocultad la huesa
que el polvo cubre del mortal aleve;
apartad de mi vista esos despojos....
asaz de horrores llorarán mis ojos.

A dios quedad, desenfrenados mares,
negro horizonte, amortecido cielo:
á dios, jenios del mundo tutelares,
sumidos tristes en amargo duelo.
A dios, templos, dulcísimos hogares
ayer del hombre plácido consuelo,
á dios, tierra, en las ondas abismada,
á dios, ¡oh masa de ecsistencia i nada!

........Mas ¿qué sombra tranquila i majestosa
se levanta del mar...? ¿Quién del Oriente
la niebla rompe, de carmin i rosa
colorando el espacio transparente...?
¿Quién al Eterno de la faz rugosa
descoje el ceño, que mostró inclemente...?
¿Qué poder celestial se alza terrible
enmedio de la ruina irresistible...?

Es el arca: su masa corpulenta
ved allí por los ánjeles llevada
apesar de la cólera violenta
de esa mar contra el hombre levantada.
Vedla allí: ya por cima la tormenta
feliz navega de esplendor cercada:
ya á los astros lucíferos preside,
i el mar, la tierra i los espacios mide.

Nueva aurora aparece en el Oriente,
nuevo sol en el orbe reverbera:
alza el Eterno la benigna frente
i el íris de la paz brilla en la esfera.
"No mas ruina, no mas" dice clemente:
"la tierra torne á su beldad primera.
Puéblala, oh justo, que el Eterno jura
salud i paz á la creacion futura."

FIN.


3 0112 117456464